

# SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE  
VICTORIA OCAMPO

OCTUBRE DE 1946

AÑO XV

BUENOS AIRES

1812

1813

1814

1815

# S U M A R I O

R O G E R   C A I L L O I S

*ANTE EL NUEVO MUNDO*

C A R L O S   A L B E R T O   E R R O

*CHARLES PÉGUY*

E D U A R D O   L O Z A N O

*ESCRITURA*

A R T U R O   J A C I N T O   Á L V A R E Z

*UN ALMUERZO SAGRADO*

P A U L   B O D I N

*EL PROCESO DEL NÚMERO DOS*

N O T A S

LIBROS ☆ Friedrich Hölderlin: "Hiperión", por *H. Ferro* ☆  
Joseph Conrad: "Gaspar Ruiz; Cuentos de inquietud", por  
*Eduardo González Lanuza* ☆ Norberto Pinilla: "Bio-  
grafía de Gabriela Mistral", por *César Fernández*  
*Moreno* ☆ Pedro Prado: "No más que una  
rosa", por *Eduardo Joubin Colombres* ☆  
Itinerario de postguerra, por *Mika*  
*Etchebehere* ☆ MÚSICA ☆  
*Daniel Devoto*: La música  
y el eco.



## A N T E E L N U E V O M U N D O

En vez de tranquilizarlo, el Nuevo Mundo inquieta al Viejo. Nuestras dos revistas de ideas más serias e importantes, me refiero a "Esprit" y "Le Temps Modernes", anuncian simultáneamente números especiales consagrados a los Estados Unidos. Ignoro qué contendrán ambos números. Los espero con la curiosidad más viva, pero no sin aprehensión. Generalmente, en efecto, las personas reconocen a ese país todos los méritos que se creen con derecho a despreciar: la eficacia técnica, en primer término, y después esas cualidades secundarias que, procediendo del método, de la paciencia o de la aplicación, parecen engendrar resultados a imagen de tales cualidades, útiles y mediocres como ellas mismas, y que tan sólo contribuyen a una buena y prudente y serena administración de las competencias y de las tareas.

De tal modo se admite que los Estados Unidos representan una especie de barbarie mecánica en que el dinero sería la medida de todas las cosas y en que estarían naturalmente desterrados todo ímpetu, toda poesía, todo refinamiento verdadero y hasta toda pasión desinteresada. Por poco se llegaría a pretender que las pasiones mismas del amor, sino íntegramente desconocidas en ese país, son infrecuentes y benignas. Se citan, como ejemplo, esas lecciones de los colegios destinadas a poner en guardia a las señoritas contra los peligros y los prestigios de lo que

se llama, sin benevolencia, el *choc* emocional. De manera muy cruda se les revelan las interioridades del asunto y en qué consiste sometido a un último análisis. Algunos principios de higiene completan la enseñanza. Basta para hacer comprender a esas adolescentes que harían mal en cometer tonterías o en abandonarse a la desesperación por algo tan simple y tan vulgar. Y, según parece, lo comprenden a la perfección. A este respecto me viene a la memoria un estudio en que Rachel Bernaloff explicaba hasta qué punto le era difícil hacer entender a sus discípulas las obras de Racine. Sus discípulas rechazaban por principio el espíritu mismo de las tragedias: “En el fondo de su corazón, cada una de esas muchachas piensa que si Hermione se mostrase más razonable, y Orestes menos extravagante, la catástrofe lograría evitarse.”

¡Qué argumento para aquellos que condenan la civilización norteamericana como desprovista de alma! Ya Proudhon le dirigía el mismo reproche. No le gustaba que esta nación fuera comerciante y pacífica. La veía naufragar en el materialismo más sórdido. Por lo demás, anhelaba su redención. “Quiera Dios —escribía— que la guerra la salve, si aún está a tiempo de darse por la guerra una ley, una fe, una constitución, un ideal, un carácter.” Sabemos que, para Proudhon, la capacidad de hacer la guerra distingue al hombre de los animales. Sin ella —afirma— la civilización se parecería a un establo (o a una empresa bancaria).

Proudhon formulaba su anhelo antes de la guerra de Secesión. Desde entonces los Estados Unidos han soportado varias veces la prueba sangrienta que, según él, confiere grandeza a un país. Sin embargo, no se considera que los Estados Unidos hayan sido regenerados por sus

sacrificios ni por sus triunfos. Se teme aún más su grosero poder. Se asegura que pone en peligro los valores más delicados y preciosos de la civilización occidental. Cada periodista francés que regresa de Nueva York se da aires de ateniense volviendo del país de los Escitas. No ignora, sin duda, que vuelve de Roma, pero enumera gustoso las pruebas de barbarie que ha cuidadosamente anotado, y hace de los romanos un retrato que los asemeja en todo a los Escitas. Hay entre ellos diferencias, sin embargo, pero se complace en desdeñarlas.

La primera es, justamente, el poder que la fuerza no basta para conseguir, menos aún para conservar, y que un pueblo no alcanza nunca sin poseer cualidades eminentes; la segunda es la aptitud para recoger la herencia de las culturas anteriores; la tercera es la presencia de un capital moral de energía, de franqueza, de confianza en sí mismo, de tenacidad y de otras cualidades positivas que, unidas al territorio que una nación controla y a los recursos que tiene, le garantizan una acción fecunda y durable en la historia; la cuarta consiste en la invención, la adopción o el perfeccionamiento de técnicas numerosas y diversas, capaces de marcar suficientemente la existencia cotidiana y de otorgarle una fisonomía particular; la quinta diferencia es la de poder crear por las costumbres, la legislación y la prosperidad una manera de considerar la vida, de gozarla y de desempeñar un papel, que suscita la envidia de los que permanecen excluidos y que parece, a los que pueden prevalecerse de ella, un privilegio de nacimiento a la vez que un motivo de justo orgullo; la sexta . . . , pero ¡basta! Me parece, por lo demás, que tales caracteres presuponen o contienen infinidad de otros que contribuyen necesariamente a la formación de un gusto, de un estilo, de una urbani-

dad, de una sabiduría, de un libre juego original de honores y felonías, de llamados y rechazos. De allí nacen bien pronto todos los tesoros que maduran lentamente mientras una civilización se afirma.

Imagino que lo mismo sucedía en otra época. Imagino que los griegos que habitaban en la capital del joven imperio romano, sentíanse en él un poco extraños. Añoraban el encanto y la belleza de su ciudad natal. Sólo advertían gañanes, sin duda, en esa clientela demasiado solícita que, sin gran discernimiento, acechaba las lecciones de sus filósofos y coleccionaba las obras de sus artistas. Esa elección, después de todo, no era mala. No honraba menos a sus autores que a sus beneficiarios. Éstos, sin embargo, sólo sabían denigrar a los hombres un poco toscos que les rendían el tributo de su admiración. Los trataban de nuevos ricos, de advenedizos. Decididamente, si se los hubiera escuchado, habríase creído que tan sólo en las orillas del Iliso florecían la medida, el ingenio y la elegancia. Roma, sin embargo, ya tenía sus poetas y sus arquitectos. Y ya el deslumbrante, el incomparable esplendor de Atenas era el de un museo. Ya sólo albergaba pensadores despreciativos a quienes inquietaba el porvenir de la cultura, amenazada —decían— por una barbarie inédita: ávida, industriosa y brutal. Hablaban de la barbarie que habría de dar al mundo a Virgilio, Tácito y Marco Aurelio, la paz secular y los fundamentos solemnes del Derecho, de aquella, por lo demás, gracias a la cual Grecia misma habría de perdurar y transmitir su maravillosa opulencia a imprevisibles herederos.

*ROGER CAILLOIS*

# C H A R L E S P É G U Y

## EL MENSAJE ACTUAL DE SU VIDA Y DE SU OBRA <sup>1</sup>

Charles Péguy, el insigne hijo de Francia, muerto por la patria en la guerra del 14, es un hombre que se disputan las más diversas tendencias políticas y que también quieren inscribir en sus cuadros profesiones religiosas hartamente divorciadas entre sí. Los demócratas ven en Péguy al campeón de la libertad, ven en él un ejemplo, un ejemplo, extraordinario por desgracia desde hace ya muchos años, y se vuelven hacia Péguy para mostrar cómo se puede ser un demócrata militante, heroico, con el instinto orgánico de la libertad, con una mística de la libertad y con toda la pasión, la rapidez y la energía para reaccionar, la seguridad y la vitalidad que la mística y lo orgánico proporcionan. Mussolini decía que una de las fuentes del fascismo estaba en el socialismo peguisiano. “Unos ven en Péguy al católico, otros al herético, otros al pensador libre; éstos al soldado de la República, aquellos al precursor de no sé qué nacionalsocialismo. Qué no se ha hecho de Péguy. Su propio hijo lo califica de racista cristiano. El Padre Douceur celebra en él al profeta inspirado de “La Revolución Nacional” de Vichy”<sup>2</sup>. Y en cuanto a la valoración de su obra por los hombres de extrema izquierda, diremos solamente que Romain Rolland le ha dedicado un libro magnífico, quizás el mejor libro que se haya escrito sobre Péguy, donde hace su elogio sin reservas.

¿Qué significa tal disputa? Nada más que esto, nada menos que esto: que la grandeza de Péguy basta para honrar cualquier causa y elevarla a una altísima jerarquía. Qué tranquilidad, qué legitimación, qué seguridad sobre la pureza y la plenitud de nuestra posición política o religiosa, el saber que semejante hombre se encuentra o se encontraba en nuestras filas. Pero en el caso de Péguy si es

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en el Centro “Laurak-Bat” el 27 de septiembre de 1946.

<sup>2</sup> ROMAIN ROLLAND: *Péguy*.

fácil la confusión, es mucho más fácil todavía la aclaración absoluta. Péguy es ante todo y por sobre todo un adalid de la libertad. Y así lo veremos en seguida si yo consigo mostrarlo tal como era en el breve término en que estemos aquí reunidos.

Se podría componer, en efecto, un ensayo que se titulara Péguy o de la grandeza. Al día siguiente de la lectura del *Porche de la Seconde Vertu* Romain Rolland escribía en su diario en los comienzos de 1912: "No puedo leer más después de haber leído a Péguy. Todo el resto es literatura. Cómo los más grandes de hoy suenan a hueco junto a él. Es la fuerza más verídica y más genial de la literatura europea." Ernest Psichari, en carta escrita desde Mondjeria, en África, en 1911, y que se encuentra publicada en su libro *Lettres du Centurion*, después de haber leído *Notre Jeneusse*, le decía: "Es maravilloso que en la época en que los mediocres sin talento triunfan —los Donnay, los Abel Hermant, los France, los Rostand— en fin toda esta literatura de cuatro cuartos, en la época, como usted lo dice tan bien en alguna parte, del "sabotaje intelectual", uno encuentre una obra como ésta, tan llena de savia, tan rica, tan particular en su forma. Siguiéndolo a usted se llega a comprender la horrible banalidad, la repugnante falta de nervios de toda esta literatura actual, con la que estamos forzados a vivir, en cualquier parte en que nos hallemos, y cuyo contacto malsano llegaría a impregnarnos si de tiempo en tiempo no pisáramos firme con obras como la suya."

Pero también se podría escribir un libro que se titulara "Péguy o el heroísmo" y también "Péguy o la libertad" o "Péguy o la plenitud".

No nos sirven las palabras, los juicios comunes cuando tenemos que hablar de él. Vosotros habéis venido esta tarde a escuchar una conferencia sobre un escritor y esperaréis encontrar una disertación sobre literatura que es lo que el escritor hace. Tenéis todo el derecho a pensar así; los poetas no hacen política, del mismo modo como no hacen música o pintura. Los poetas no son sacerdotes de una religión. Hacen poesía, hacen literatura. Pero si os retirarais de esta conferencia sin haber percibido todo lo que en Péguy hay además de la literatura, o, si queréis, cómo en él la literatura se torna acción, conducta, vida, orgánica unidad del escribir o del pensar con el ser y con el hacer, saldrías ignorando lo más esencial. Y yo mismo, si no hiciera un esfuerzo para evitar alejarme de la verdadera realidad de Péguy, y lo comentara como se comenta habitualmente a los

escritores, refiriendo lo que dicen en sus libros, caería casi en la misma imperdonable falsedad de quien pensara que se puede escribir sobre San Pablo como se escribe sobre Lamartine, sobre Heine o sobre Espronceda. Poco se consigue en la tarea de objetivar a Péguy, de presentarlo a quien no lo conoce, refiriendo su vida. Ni mucho tampoco sintetizando su obra, diciendo lo que pensó, las ideas que creó y defendió. La única posibilidad de éxito es mostrar cómo una se inserta en la otra, cómo una es espejo de la otra, cómo se abrazan y supremamente armonizan. De ahí lo difícil que es hablar de Péguy sin achicarlo, sin falsearlo. Es que en Péguy se unen, podríamos decir resumiendo, varias dimensiones que casi siempre están separadas.

En mi libro *Tiempo Lacerado*, donde lo califico de profeta de la presente hora, expreso que Charles Péguy jamás desarrolló una idea que no sintiera profundamente, que no fuera, por decir así, consubstancial con su íntimo ser. Ni una sola idea muerta; todas son ideas vivas, palpitantes, en su obra. Y dichas ideas reaparecen con maravillosa intensidad y constancia en los actos que ejecuta y en sus reacciones ante la realidad; pertenecía a esa escasa especie de intelectuales que además de pensar sus ideas, las viven. Su vida —siempre resulta imposible dejar de mencionarla cuando se habla de él— es tan grande como su obra por lo mismo que representa la transcripción práctica de su producción intelectual. Y cuando ocurre el raro suceso de que el plano real de la existencia y el plano ideal de los libros coinciden, la vida que se vive es una vida de calidad heroica, de alta tensión, rica de luminosidad y de hermosura, como fué efectivamente la vida de Charles Péguy. La lealtad para con sus propias ideas constituye en su caso, como en el de cualquier otro escritor de quien cupiera decir lo mismo, el mejor testimonio de que es sincero. Un hombre así puede ser escuchado sin desconfianza.”

“Exento de prejuicios de izquierda y de derecha, en su obra se respira a pulmón pleno; nunca se ve precisado el espíritu a hacer concesiones que le sean arrancadas por la fuerza. Lo más opuesto a su personalidad es la imagen del mutilado; ningún valor auténtico, humano o divino, le era indiferente; estaba hecho para vivir en plenitud, para crear, rebelde a toda deformación, con espontánea frescura”.

Pero esto que allí, en mi libro de hace diez años, digo de Péguy, no es sino un aspecto de algo todavía más profundo en él, o es tan sólo la descripción de un don excepcionalísimo cuyo significado resta por desentrañar si no se añade

nada más. Un discípulo de Charles Péguy, o que por lo menos ha sido influido vigorosamente por su obra —Denis de Rougemont— ha señalado como característica de la actual crisis de la civilización una separación demasiado marcada entre la cultura y el trabajo, entre el pensamiento y la mano. “La decadencia de nuestra cultura —dice Rougemont en su libro *Penser avec les mains*— proviene a mi ver de un conjunto de causas económicas, políticas y morales, de las que los intelectuales me parecen responsables en una parte que no es la menor. La falta que yo les imputo no es la de haber conducido mal la opinión, sino de haber renunciado a conducirla, y esto por el eterno pretexto invocado por nuestra haraganería: el pretexto de la impotencia... Que el espíritu vuele sublime y decantado. Dadme de qué escribir y de qué lavarme las manos. He ahí nuestros *clerics*... Es por haberse negado a descender a la altura del hombre, al nivel de lo real, que nuestra cultura fracasa... La cultura no está a nuestra medida, nos ofrece alimentos de lujo, y nosotros tenemos necesidad de pan diario. Nos ofrece especialidades farmacéuticas y nosotros tenemos necesidad de tonificantes elementales, de vitaminas naturales... Separación del pueblo y de las personas cultivadas, separación del espíritu y de los poderes reales; he ahí el término de una evolución, o mejor de una descomposición de la que nosotros somos las víctimas... Pensamientos privados de manos, manos privadas de pensamiento, si el *confort* se consigue a ese precio, el desenlace que se prevé es trágico... Corresponde a la crítica marxista el mérito de haber sido la primera en denunciar la irrealidad de los problemas que embargan la conciencia distinguida”.

Charles Péguy, lo refirmábamos con Rougemont, en 1939, conversando en un sitio no lejano de este en que ahora nos hallamos, es el ejemplo más extraordinario de superación de esa distancia que la moderna cultura establece entre los órganos del pensamiento y el trabajo. Vida heroica la suya, con un final que es un sol de coraje, transportado a alturas de héroe homérico —“¿cómo homérico?, de la más pura y antigua cristiandad francesa”— me corregiría Péguy si renaciera esta tarde entre nosotros, y seguramente agregaría: “No se remonte tan lejos, acuérdesese por lo menos de Juana de Arco.” Vida heroica en cada uno de los minutos de su vida, heroísmo cotidiano sin pausa, sin una sola declinación. Cuando ya se hallaba en el frente, le escribía a uno de sus amigos, diciéndole que estaba dichoso al pensar que había podido dejar París, a esa altura de su vida, con

las manos puras. Presentía, sin duda, su próximo fin. Sus últimas cartas, dicen invariablemente que por primera vez en su vida ha encontrado una gran paz.

Vida exigida, rigurosa, tocada hasta el fondo por la dureza de la existencia. Cuando Péguy se casó con la hermana de su amigo Baudouin, hija de una familia protestante, y adherida ella también con fervoroso brío al protestantismo, la dote de su mujer puso cuarenta mil francos a disposición del matrimonio. Era la primera vez que la vida allegaba a sus manos algún dinero. Marido y mujer resolvieron dedicar esa pequeña fortuna burguesa a la difusión del credo político que profesaban. Péguy era entonces socialista y ateo. O mejor dicho, como vamos a ver más tarde, creía serlo; de cualquier modo, por lo menos en ese sentido se manifestaba la conciencia inmadura de su ser. Alquilaron, Péguy y su esposa, una librería destinada a vender obras socialistas. Primero en la esquina de la rue Victor Cousin y de la rue Cujas, y más tarde en el número 8 de la rue Sorbonne. Poco a poco la librería se transformó en empresa editorial. Vió allí la luz una publicación quincenal "Les Cahiers de la Quinzaine", volúmenes escritos casi siempre por el mismo autor y que se sostenía con las cuotas de los abonados. "Les Cahiers de la Quinzaine" son hoy famosos en todos los medios cultos del orbe.

En esta empresa editora, cuyas publicaciones registran el proceso intelectual de la época en muchas de sus manifestaciones más significativas, trabajó rudamente Péguy en los últimos diez años de su vida. ¡Cómo trabajó! En el cuaderno titulado "A nos amis, a nos abonnés", páginas penetradas de amargura donde aquel atleta parece doblegado, Péguy nos cuenta las penurias innumerables de la empresa. Nos dice que acaba de recobrase de una larga enfermedad producida por el esfuerzo agobiador. Fueron aquellos diez años de preocupaciones económicas sin tregua; diariamente había que pensar en cómo pagar las cuentas de la quincena y de fin de mes; con la nerviosidad de los pagarés a vencer y de los fondos aun no encontrados para cancelarlos, y encima el trabajo de la corrección y dirección de los cuadernos, que recaía íntegramente sobre Péguy y que éste cumplía con una meticulosidad llevada al extremo. "Si llegara a ser académico, dice alguna vez, tendría 20.000 francos por año; por lo menos alcanzaría una mínima tranquilidad; mi mujer se ve en figurillas para pagar al carnicero..."

En su filosofía la experiencia de la dureza de la vida, que él conoció con

tal intensidad, es un principio de la salvación. Desconfiaba de quienes no la habían sufrido. No en balde ha escrito las páginas más admirables sobre la miseria. Léon Bloy se conmovió leyéndolas, tuvo la impresión de haber conocido algo extraordinario y le escribió una carta entusiasmada... que no halló respuesta. “El miserable —dice Péguy— recibe en su miseria misma la impresión total de la desesperación... La miseria no es una parte de su vida, es toda su vida; es una servidumbre sin excepción; no es solamente el cortejo conocido de privaciones, enfermedades, horrores, desesperaciones, ingratitudes y muertes; es una muerte viviente... Cuando con el pueblo —agregaba— o mejor, en el pueblo, hablamos de infierno, entendemos exactamente que la miseria es en economía como el infierno en teología; el purgatorio no corresponde sino a algunos elementos de la pobreza; mas la miseria corresponde plenamente al infierno; el infierno es la eterna certidumbre de la muerte eterna; pero la miseria es para la mayoría la total certidumbre de la muerte humana, la total penetración de lo que resta de vida por la muerte... Una sola miseria basta para condenar a una sociedad. Basta que un solo hombre sea tenido o dejado a sabiendas en la miseria para que el pacto cívico, todo entero, sea nulo...”

Y esa vida así expuesta a todos los vientos del rigor no lo detuvo un solo instante en su lucha por la verdad. “La verdad o la muerte” era la divisa de “Les Cahiers de la Quinzaine” y si algo puede afirmarse con certeza es que allí se decía la verdad costara lo que costara. Este hombre ha dicho algunas de las palabras más hermosas que se hayan pronunciado o escrito sobre su tierra y su raza, sobre su pueblo, su historia, sus santos y sus héroes. Cuando el Kaiser, en 1905, desembarcó en Tánger para simbolizar con ese acto que a Alemania no le eran indiferentes los intereses africanos y los del Mediterráneo, Péguy tuvo la certidumbre de que la guerra era fatal e inminente. Le parecía que estaba ahí, presente, desatada sobre las fronteras. Corrió a aprovisionarse, como hacen los padres de familia cuando se decreta la movilización. Y escribió el Tercer Cuaderno de la Séptima Serie de los “Cahiers de la Quinzaine”, publicado el 22 de octubre de 1905. La fecha merece recordarse porque ese día apareció una pequeña grande obra maestra de la literatura francesa. *Notre Patrie*, se titula. “Nosotros reentramos en París —escribe— esta mañana de comienzos de semana... Como todo el mundo, yo había entrado a París, en la mañana, a las nueve; como todo el mundo, es decir como alrededor de 800 a 900 perso-

nas, yo sabía a las once y media que en el espacio de esas dos horas y media un período nuevo había comenzado en la historia de mi propia vida, en la historia de este país, y seguramente, en la historia del mundo...” A objetivar esta revelación está dedicado el cuaderno, y aunque el hecho mismo aparece suspendido, cada página, unida a las otras y las otras, nos va llevando hacia él con la misma continuidad, del mismo incesante modo, tan sin cesar, como la masa de aguas de un río se mueve a favor de la corriente sin detenerse un solo instante. Un iluminado cabal era en esa hora Péguy, y así lo diríamos tranquilamente si la palabra no estuviera tan gastada, tan degradada. Y en adelante se convierte en vigía de su patria. Lucha por la conscripción de dos años; lucha por levantar la conciencia de su pueblo y mantenerle vivo en la memoria el hecho fatal que está próximo. Él mismo se prepara militarmente para hallarse pronto cuando la hora suene.

Pero también ha dicho Péguy a su pueblo y a sus hombres algunas de las más duras palabras de condenación. Leed su prodigiosa “Note Conjointe” si queréis comprobarlo. Escuchad por lo menos este pasaje: “Así vemos en economía lo que podríamos ver en moral y en psicología y en metafísica si tuviéramos mejores ojos. Pero es más patente en lo económico: que esta tranquilidad que es el último objetivo de los intelectuales y hacia donde van todos los deseos de los modernos es esencialmente un principio de infecundidad. Es siempre la raza la que paga. Por tener la paz mañana no se tienen hijos hoy. Pero esta figura de abdicación y de anulamiento de una raza no es, transportada a un plano más vasto y más grosero, sobre el plano económico y cívico, nada más que la proyección de la común figura moral e intelectual y psicológica y metafísica... Para tener la paz en el instante venidero hacemos del presente un tiempo de prudencia, de previsión, de infecundidad, un tiempo muerto y mortuorio, un tiempo pasado”.

“En segundo lugar nosotros vemos en lo económico, en lo cívico, sobre el plano del Estado, lo que podríamos ver en moral, en psicología, en metafísica, sobre el plano del alma y sobre el plano del ser si tuviéramos mejores ojos: que esta tranquilidad que es el último objetivo de los intelectuales, y hacia donde van todos los deseos de los modernos, es esencialmente un principio de servidumbre. Es siempre la libertad la que paga. Es siempre el dinero el que manda. Por tener la paz mañana (y la paz no se obtiene más que por dinero)

se aliena, se vende la libertad de hoy. Por tener un retiro asegurado (es decir el dinero asegurado cuando se llegue a la vejez) no se dice, no se escribe lo que se piensa, lo que se tiene para decir y escribir, lo que todo el mundo sabe y nadie osa decir ni escribir. Por tener la paz para los viejos días, hoy no se es un hombre libre.”

Péguy nace el 7 de febrero de 1873 en Orleans, la tierra de Juana de Arco. Sus antepasados eran paisanos de la Beauce, del valle del Loire. La madre, viuda a los dieciocho meses del nacimiento de este primer y único hijo, ejercía un oficio manual; componía sillas para ganar el sustento común. Péguy conserva fuerte ternura por los paisanos que fueron sus antepasados; se siente ligado a ellos por un lazo potentísimo e indestructible, tan grande y tan fuerte como el que lo unía a aquellas campiñas francesas donde nació. Ha dedicado casi un volumen a evocarlas, a confesar la devoción a su raza campesina y obrera: toda la primera parte de *Victor Marie, Comte Hugo*. Oigamos el tono emocionado de su voz cuando los recuerda: “Los tenaces abuelos paisanos, viñadores, los viejos hombres de Veirnezy y de Saint-Jean-de-Braye, y de Chécy y de Bou y de Mardié, los pacientes abuelos que sobre los árboles y las breñas del bosque de Orleáns y sobre las arenas del Loire conquistaron tantas fanegas de buena viña no han durado, no se han prolongado; no han sobrevivido para reconquistar del mundo burgués, de la sociedad burguesa, a su nieto indigno, bebedor de agua en botellas. Los antepasados de pie diestro, los hombres nudosos como las cepas, curvados como los zarcillos de la viña, finos como los sarmientos y que como los sarmientos han retornado a la ceniza. Y las mujeres en el lavadero, los grandes atados de ropa bien hinchados, arrollados en las carretillas, las mujeres que lavaban en lejía en la ribera. Mi abuela que cuidaba las vacas, que no sabía leer y escribir, a quien le debo todo, de quien he recibido todo lo que soy”. A los cuarenta años dice y repite una y otra vez, enfáticamente, con la insistencia de su lengua que siempre parece temer que las palabras no expresen con suficiente energía, con suficiente totalidad, lo que quiere expresar: “Yo sería un gran tonto no dejándome hacer, no dejándome volver a ser, reconquistar paisano. Más que cualquier otro, yo sería un gran tonto. Más que nunca, en ese momento mismo, sería un gran tonto”.

De Orleáns, donde transcurre su niñez, pasa Péguy al Liceo Lakanal primero, y luego al Colegio Sainte-Barbe en calidad de becario.

En el Colegio de Sainte-Barbe son sus compañeros Henry Roy, Charles de Peslouan, André Daley, Louis Baillet, Marcel Baudouin, tempranamente desaparecido, y con cuya hermana se casaría más tarde, y los hermanos Tharaud quienes habían de narrarnos su vida en un libro lleno de encanto, *Notre cher Péguy*. Allí se inicia una amistad llamada a mantenerse estrechamente, con casi todos ellos, en el resto de su vida. Los hermanos Tharaud nos han relatado aquellos años de colegio; nos han contado los diálogos, los sueños y los episodios del grupo juvenil, cuyo centro, por natural imperio, era Charles Péguy. Los vemos paseando, tomados del brazo, en el patio rosado de la escuela. Charles Péguy vigila el paso de sus compañeros tratando de conservar un ritmo regular, signo de su voluntad despierta, de su sentido de la medida o, mejor, de su gusto por la armonía y el orden. Era un hombre bajo, un poco macizo, de cuadradas espaldas, pero en el detalle todo fineza. “Tenía ojos color avellana, o mejor, de color castaño, con extraordinario brillo, que miraban pasar las ideas y se detenían sobre uno de golpe con una autoridad sorprendente, de labios delgados, bien diseñados entre los vigorosos maxilares; la sangre cerca de la piel; se le veían latir las arterias y sus manos admirablemente formadas rompían los dedos cuando nos estrechaban la diestra”<sup>1</sup>.

Mas he aquí que un día los compañeros de Charles Péguy —ahora ya en la Escuela Normal Superior de París— advierten que él se aleja poco menos que sistemáticamente de sus reuniones habituales; está absorbido y preocupado por algo que sus amigos desconocen; se halla ausente o esquivo en muchas ocasiones sin que éstos puedan explicarse los motivos. Bruscamente decide abandonar la escuela y radicarse por una larga temporada en Orleáns. Su partida provoca, entre los amigos, explicables conjeturas. ¿Por qué interrumpe sus estudios? ¿Por qué se vuelve a Orleáns al comienzo de su carrera? ¿Por qué, sobre todo, no hace saber a sus compañeros las causas de esta resolución inesperada? Oigamos a los hermanos Tharaud: “¿Cómo les hubiera hablado a los nuevos amigos de la Escuela? ¿Cómo hubiera osado decir frente a la gran mesa de la biblioteca, encerada, luciente, honesta como el alma misma de Herr (uno de los profesores) que él, Péguy, anticlerical puro y socialista integral, pensara en escribir una obra —¡y en verso!— dedicada a la glorificación de

<sup>1</sup> JEAN ET JÉRÔME THARAUD: *Notre cher Péguy*.

Juana de Arco? Me río a solas cuando lo pienso. Este proyecto que venía de lo más íntimo de su ser aparecía como un desafío a todo lo que dejaba ver de sí mismo, y estaba tan en oposición con el espíritu del lugar que, para tratar de ejecutarlo, sintió la necesidad de irse, de cambiar de aire, de alejarse de influencias que arrojaban demasiada sombra sobre él." Los amigos se forjaban toda clase de hipótesis. "Pero la única que era verdadera no podía surgir en el espíritu de nadie. Este socialista ateo se volvía a Orléans para meditar sobre una santa en una atmósfera propicia"<sup>1</sup>.

Vuelto a París, Péguy publica su drama en tres partes, *Juana de Arco*, el primero de los varios libros que le dedicara. Juana de Arco, heroína socialista; he aquí una versión realmente inesperada de la historia de la doncella de Orléans. Ya veremos la razón de ser de esta alianza y la profundidad de su sentido.

Cuando Charles Péguy llegó al colegio de Sainte-Barbe ya era socialista. Como dicen sus biógrafos, el socialismo de Péguy se parece más al socialismo de San Francisco que al de Marx. Era un impulso del corazón, una concepción evangélica que venía del fondo de su infancia —de su infancia entre admirables artesanos— y que se originaba en su fraternidad con los viñadores del Loire, con los obreros que hacían sillas en Orléans, con unos y con otros, con todos los que llevaban una existencia dura, ennoblecida por la pasión de la obra bien hecha... Ese socialismo libertario "debía cumplir toda una revolución interior, teniendo su fuente en lo más profundo de la conciencia y del conocimiento, en el corazón mismo de la vida moral". "Una revolución no es nada —decía— si no envuelve una nueva vida, si no es entera, global, total, absoluta." En la contratapa del cuaderno número 11 de la segunda serie, aparecido el 25 de abril de 1901, escribió Péguy en gruesos caracteres romanos: *La revolución social será moral o no será.*

Bien veía aquel hombre que, a pesar de los cataclismos y padecimientos que provocan, las revoluciones puramente políticas dejan intacto lo esencial; no avanzan más allá de la epidermis. La revolución política, en el mejor de los casos, suprime privilegios económicos por la fuerza de la ley, es decir, mediante la acción del Estado. Poco le importa que el desposeído del privilegio siga deseándolo y luchando por él, siempre que el privilegio desaparezca en la prác-

<sup>1</sup> JEAN ET JÉRÔME THARAUD: *Notre cher Péguy.*

tica por obra de la ley o del derecho; lo deja indiferente la intimidación de los ciudadanos. La revolución moral concentra sobre la conciencia del individuo su acción creadora, de renovación interior, y aspira a que la justicia sea mayor no sólo por obra de la ley sino por la conducta del hombre mismo.

A pesar de haber escrito con tan profunda simpatía del pueblo de la antigua Francia, no esperaba nada de “lo popular”, entendido en el sentido moderno, que es —decía— naturalmente flojo y torpe. Es que no veía allí ningún impulso moral y lo encontraba entregado a las groseras astucias de la demagogia mentirosa. “Sólo pide cocear a las minorías que ésta le señala, adulando —cito textualmente— sus eternos sentimientos de odio, envidia y celo. Y su felicidad es sin par si se le puede proporcionar la apariencia de que coceando así a los más débiles se sacrifica noblemente por alguna gran causa, por alguna especie de salud de la humanidad...”

Alrededor de 1905 sigue Péguy los cursos de Bergson en la Sorbona. Él integraba infaltablemente aquel auditorio, aquella multitud que llenaba desde temprano el anfiteatro donde el célebre economista Leroy-Beaulieu dictaba su clase una hora antes que Bergson, y contaba así con un público inesperado. Inesperado por su cantidad y por la calidad. Como en los días de la “première” del Teatro Francés y de la Ópera Cómica, una fila de automóviles elegantes se alineaba frente al Colegio de Francia<sup>1</sup>. El pensamiento de Bergson ha ejercido honda influencia sobre Charles Péguy. Es, sin duda, el autor contemporáneo a quien más le debe su formación intelectual. Lo apasionaban las brechas que el filósofo de la *Evolución Creadora* abría en los principios del materialismo y su recia embestida contra el crudo determinismo dogmáticamente afirmado por esa época. Lo llenaban de gozo espiritual las coincidencias entre esa nueva filosofía y el espontáneo cristianismo que profesaba por condición nativa. La sentía como una liberación, en cuanto significaba abrir una vertiente para el renacimiento metafísico. A raíz de haber sido puestas en el Index las obras de Bergson, Péguy escribió su *Note Conjointe sur Descartes*. Pertenecen a Bergson estas palabras sobre Péguy, publicadas después de su muerte: “Muchas personas me han hecho el honor de escribir sobre mí. Nadie, dejando de lado los elogios inmerecidos que me dedica, lo ha hecho como Charles Péguy. Tenía un don

<sup>1</sup> JEAN ET JÉRÔME THARAUD: *Obra citada*.

maravilloso para franquear la materialidad de los seres, para traspasarla y penetrar hasta su alma. Es así como él ha conocido mi pensamiento más secreto, tal como yo no lo he expresado, tal como yo hubiera querido expresarlo”.

¿En qué momento empieza la crisis religiosa de Charles Péguy? ¿Cuándo se inicia el tránsito que habría de conducirlo del socialismo ateo a la solidaridad cristiana? Imposible saberlo. Péguy mismo se hubiera irritado por la pregunta. “Yo he sido siempre católico —dijo una vez—. En mí no ha habido conversión.” Sólo admitía que se entendiera su evolución religiosa como una profundización. Y dice toda la verdad cuando expresa: “Siempre hemos estado, en efecto, del lado de la vía recta, y es esta misma vía recta la que nos ha conducido adonde ahora nos hallamos... Es por una profundización constante de nuestro corazón en la misma vía que hemos encontrado la línea de la cristiandad”.

Sus amigos nos cuentan que cuando no lo sospechaban —y según pudieron saberlo más tarde por propia confesión de Péguy—, colmaba su sed mística por el camino de la plegaria. Había empezado a rezar el Ave María; atravesando las calles de París, pasajero de los ómnibus urbanos, se ensimismaba para remontarse en el vuelo espiritual de la oración. No dispondríamos de tiempo, desgraciadamente, para referir la crisis religiosa de Péguy, sobre la que existen numerosos testimonios y comentarios. Pero sí debemos decir que fué una crisis profunda, prolongada; que su tormento interior, la conmoción abismal del alma, era de tal naturaleza que hasta se confundía con los signos del padecimiento físico, del dolor de la carne.

La hermana de Maritain nos ha relatado una visita que hizo a Péguy por aquellos días, y que revela patéticamente su estado de espíritu. “¿Cómo le va?” le dice ella. “Muy mal —responde—. Me voy. Mi enfermedad del hígado me devora. No tengo para mucho tiempo.” “¿Es sólo esta enfermedad lo que lo mina?” “Ah, usted lo sabe bien, todo se junta —dijo después de un silencio—, sufro atrocemente y deseo morir.” “¿Antes de haber vivido como Nuestro Señor lo reclama?” “Estoy fatigado, agotado, exhausto, mi vida temporal ha fracasado.” “Usted puede cambiarla si cambia su corazón. Nada se puede sin Jesús”. “Rezo sin cesar; a pesar de ello soy horriblemente desgraciado.” La joven le dice entonces que eso no le sorprendía, que él estaba tentado, atormentado, que los había decepcionado a todos y que no hacía nada para avanzar en

su vida cristiana. “Tengo gracias que usted no sospecha”, exclamó él apasionadamente. “Justamente: en virtud de esas gracias debería usted tener por Dios una gratitud infinita, y debería demostrarla. Si usted no avanza, retrocede.” “Mi vida es dura —replicó él—, estoy deshecho. Y luego, dentro de mí, está la guerra. Sufro atrocemente”.

Sólo cuando el signo de una común, de una profunda angustia aparece, nace la cristiandad, decía Péguy. Para él había llegado esa hora, que era la del amor de Dios y el diálogo con Dios, pero no la del sosiego o la tranquilidad. “Los católicos son verdaderamente insoportables en su seguridad mística —dice en una carta a Lotte—. Se imaginan que el estado natural del cristianismo es la paz, la paz por la inteligencia, la paz de la inteligencia. Lo propio del místico, por el contrario, es una inquietud invencible. Si creen que los Santos eran señores tranquilos, se equivocan.”

Péguy habla casi siempre de la cristiandad y de los cristianos, pero muy pocas veces de la catolicidad o de los católicos. De ahí que algunos como Roger Secrétain, en su libro *Péguy, Soldat de la Liberté*, editado en Canadá durante la última guerra, lo inscriban en el protestantismo y que otros vean en él al católico herético. Todo esto, harto explicable, sin duda, implica un grueso error. Péguy nos ha dicho que su evolución religiosa se ha producido por una profundización de su ser. Una profundización es un proceso; primero se incorpora esto, luego se conquista aquello o se descubre lo de más allá. Un proceso es algo que se prolonga en el tiempo, no algo instantáneo. Y Péguy ha ido reintegrándose, paulatinamente a las esencias del catolicismo. En su caso, el proceso no estaba terminado. Por tal son más decisivos los últimos testimonios de su posición religiosa que los primeros. La obra postrera de Péguy, la *Note Conjointe*, magnífica e inconclusa, está fechada, en su última página, el 1º de agosto de 1914 —un mes y cinco días antes de su muerte— y precisamente en sus páginas finales emplea el término catolicismo y no cristianismo y dice palabras incontrovertiblemente católicas. Debemos, pues, contarle entre los católicos, y entre los más grandes católicos de todos los tiempos. A medida que ahondaba en su ser iban aclarándose en la niebla nuevas naves del templo de la catolicidad, y de cada sumersión emergía con una nueva parcela de la gran arquitectura de la fe, rescatada, iluminada, como el buzo vuelve de las aguas oscuras trayendo en la escafandra la claridad de las perlas y de los corales.

Péguy hizo el servicio militar en 1892 y abandonó su regimiento con el grado de subteniente; todos los años cumplía los veintiocho días de ejercicio que ese cargo exige. Cuando estalló la guerra —dice Daniel Halévy— la exultación lo transportaba. Se incorporó en seguida a su regimiento, que comandaba el capitán Guerin. “Si no vuelvo —le escribió a madame Favre, madre de Maritain, su gran amiga—, guardad de mí un recuerdo sin duelo. Lo que vamos a hacer en pocas semanas vale más que lo que hemos hecho en muchos años... Partimos para la última de las guerras y para el desarme general”. Sus días en el frente han sido contados por Víctor Boudon, que servía bajo sus órdenes.

Al principio las fuerzas francesas se retiran. Vuelven a retirarse. “La cara de Péguy —dice Boudon— expresaba una tristeza mezclada con rabia”. Se recobra exultante, el 30 de agosto, en Armancourt cuando marcha sobre el enemigo al lado de su compañía “con un paso como de parada, llevaba el kepis hundido sobre los ojos, que brillaban con un fulgor indómito, y bajo los obuses, cuando las descargas pasan a ras de las cabezas, Péguy ríe”.

Escuchemos el relato de Romain Rolland: “¡Ah! se ha dado la orden de batirse en retirada. Se retiran precipitadamente. Y los soldados agotados, hambrientos, murmuran, hablan de traición y se desbandan. Péguy, él mismo fatigado en extremo, les reprocha, les suplica, corre tras de los que se van, se ofrece a llevar la carga de aquellos que no pueden más. El 31 de agosto la compañía no cuenta con más de cincuenta o sesenta hombres. Y, a la tarde, no quedan más que treinta que ya no obedecen. Péguy, que ha tomado el mando (pues el capitán Guerin, enfermo, herido, ha debido ceder el puesto) grita: “La 19 adelante”. Le contestan: “No existe más la 19”. “Ah, tú te crees eso, dice; y bien, amigo, mientras yo esté aquí, habrá una 19. Adelante”, Y parte hacia adelante. Lo que queda de la tropa lo sigue. El 1º de septiembre, el 2 de septiembre, se retiran. Ven Senlis bombardeada. En la lejana fosforescencia se anuncia ya el fulgor de los reflectores de los fuertes parisinos. Sobre un poste indicador: “París, 22 kilómetros”. Y en las espaldas, el viento del enemigo. La fe de Péguy en un plan de Joffre para reagrupar las fuerzas de retaguardia, intactas, se defiende contra el mortal decaimiento; pero alrededor de él la derrota impera. Los hombres se tienden y se niegan a levantarse. “Regimientos enteros están acostados en tierra”. Los que permanecen de pie, duermen marchando. 150 kilómetros son recorridos en tres días.”

“El 4 de septiembre, por fin, la orden de Joffre.” Ha pasado el momento de mirar hacia atrás. Hacerse matar en su puesto antes que retroceder... Estaban sobre la tierra materna, sobre el suelo de la Beauce. En su última tarde Péguy se recogió en la capilla de Montmelian, cerca de Saint-Witz. Ha puesto en orden sus asuntos del regimiento. El sábado 5 de septiembre toman hacia el este en dirección a Meaux. Última imagen: un corto alto en Nantoillet. Péguy, sentado sobre una piedra, en pleno sol, blanco de polvo, inundado de sudor, relee, con lágrimas de gozo, una carta recibida la víspera...”

El regimiento retoma la marcha hacia su destino, en los avenales de Villeroy. Los obuses granizan. Orden de lanzarse al asalto de la altura boscosa de Monthyon, ocupada por el enemigo. 5 de la tarde. Los hombres avanzan a saltos, a ras del suelo, curvados en dos, tropezando entre la remolacha. El capitán Guerin muere. El teniente Cornillière muere. Péguy, de pie, grita con rabia: “¡Tirad, tirad en nombre de Dios!” Una bala le quiebra la frente. Caen, sin un grito. Sus últimas miradas han visto huir al enemigo. Es la tarde de la primera jornada de la batalla del Marne”.

El 16 de agosto, Péguy le escribía a la hermana de Maritain: “Le diré quizás algún día en qué parroquia he escuchado la misa de la Asunción...” Después de diez años de meditación religiosa era la primera vez, y seguramente la postrera, que asistía a misa. Lo que fué su epifanía espiritual en aquella ocasión, en la víspera de la muerte heroica, no podría reflejarlo aunque lo imaginara. Optó por el silencio. Pero sí diré que quien ha vivido así y ha muerto de ese modo no puede ser leído como cualquiera que lápiz en mano elabora bellos pensamientos. Sus palabras no sólo están avaladas por sus actos; están inmortalizadas por su vida y por su sangre. Dios mismo nos ha enseñado que para asegurar fecundidad eterna a las palabras no basta el verbo. Nuestro Señor Jesucristo redimió a los hombres por el sacrificio del Gólgota, por su padecimiento y su pasión, tanto como por las palabras divinas del Sermón de la Montaña.

Hacia 1881 —la fecha está señalada en *Notre Jeunesse* y en ese maravilloso cuaderno que se llama *L'Argent*— se produjo un cambio tremendo en la historia del mundo. Péguy nos lo va a decir en muy diversos modos. Esta es una de las ideas dominantes de su obra. “Una mujer muy inteligente —refiere Péguy— y que se dirige alegremente hacia los 70 y tantos años de edad, decía:

“El mundo ha cambiado menos durante mis primeros 70 años que en los últimos 10 años.” “Es necesario ir más lejos —aclara nuestro autor—. El mundo ha cambiado menos después de Jesucristo que lo que ha cambiado en los últimos 30 años. Ha habido la edad antigua (y bíblica). Ha habido la edad cristiana. Hay la edad moderna.”

El mundo anterior a 1881 leemos en *L'Argent* “era rigurosamente la antigua Francia y el pueblo de la antigua Francia. Era un mundo al que dado este hermoso nombre, este hermoso nombre de pueblo, recibía su plena, su antigua aplicación. Cuando se dice pueblo, hoy día, se hace literatura, y una de las más bajas, la literatura electoral, política, parlamentaria. No hay ya más pueblo. Todo el mundo es burgués... Nosotros hemos conocido un tiempo en que cuando una buena mujer decía una palabra, era su raza misma, su ser, su pueblo, el que hablaba. El que aparecía. Y cuando un obrero encendía su cigarrillo, lo que iba a decirnos no era lo que los periódicos habían dicho por la mañana. Los libres pensadores de ese tiempo eran más cristianos que nuestros devotos de hoy. Una parroquia ordinaria de aquel tiempo estaba infinitamente más cerca de una parroquia del siglo quince, o del siglo cuarto, o digamos del quinto o del octavo, que una parroquia actual... Nosotros hemos conocido un honor del trabajo exactamente igual a aquel que en la Edad Media regía la mano y el corazón. Era el mismo conservado intacto por debajo. Nosotros hemos conocido ese cuidado llevado hasta la perfección, igual en el conjunto, igual en el más ínfimo detalle. Nosotros hemos conocido esa *piedad de la obra bien hecha*, llevada, mantenida hasta sus más extremas exigencias. Yo he visto durante toda mi infancia componer las sillas exactamente con el mismo espíritu y el mismo corazón, y con la misma mano que ese mismo pueblo había tallado las catedrales... Aquellos obreros no servían. Trabajaban. Tenían un honor, absoluto, como es propio de un honor. Era necesario que un pie de silla estuviera bien hecho. Era lo sobreentendido. Lo inexcusable. No se entendía que debía estar bien hecho para el salario o mediante el salario. No se entendía que debía estar bien hecho por el patrón, ni por los concededores, ni por los clientes del patrón. Era necesario que estuviera bien hecho él mismo, en sí mismo, para sí mismo, en su ser mismo. Una tradición venida, levantada desde lo más profundo de la raza, una historia, un absoluto, un honor quería que este pie de silla estuviera bien hecho. Cualquier parte de la silla no destinada a verse

estaba tan perfectamente bien hecha como la que se veía. Es el principio mismo de las catedrales”.

Pero ¿qué había ocurrido en los últimos 30 años? Péguy *no* lo dice. La técnica había achicado el mundo y acercado a los hombres. Hacia 1881, de mecánica pasa a ser electromecánica y hoy llega a ser radioelectromecánica. Péguy contempla los primeros efectos de esa substancial transformación del mundo y lo señala con su clarividencia de iniciado. El pueblo no existe más, decía Péguy. Pero ¿qué se ha hecho del pueblo? Se ha transformado en masa, salvo algunos casos de extraordinaria resistencia. La técnica pone a disposición del hombre los medios para hacer llegar a todos, simultáneamente y en todo momento, una orden, un mensaje, una propaganda, una influencia política o religiosa o intelectual. Todos los hombres viven hoy continuamente presionados por algo que antes no existía, y el resultado es la uniformación de hombres y pueblos, sometidos a un mismo rasero nivelador. El resultado es la pérdida de buena parte de lo característico de cada uno; la desaparición progresiva de la sal y el aroma, del rasgo típico, de cada lugar; el empobrecimiento, en síntesis, del mundo y del hombre.

Cuando lo que nos rodea está hecho por nuestras manos o es la naturaleza misma —orgánica en su conjunto, a los ojos del hombre, y nunca mero cosmos inerte— existe una armonía entre el espíritu y su contorno. Pero cuando a ese mundo superponemos el inmenso aparato creado por la técnica y fabricado por obreros anónimos —porque el vínculo entre las manos que hacen el objeto y este mismo objeto desaparece en la industria moderna— la armonía se rompe, la proporción entre mundo vivo e inorgánico se invierte, y para que el hombre pudiera recuperar el equilibrio y no resultara él mismo mecanizado y despersonalizado, sería menester crear ese suplemento de alma de que habla Bergson en *Las dos fuentes de la moral y de la religión*.

Lo que ya aparece en 1881 y cuyas manifestaciones exteriores Péguy señalaba lúcidamente, quiere decir, pues, esto: conversión del pueblo en masa; uniformación, despersonalización y mecanización del hombre como consecuencia de haberse deshecho el equilibrio entre el sujeto y su contorno. La técnica lo ha provocado.

Hacia 1900 se produce otro hecho capital en la historia del mundo: con términos de Péguy lo designaremos como la decadencia de la mística republicana.

Y ved a este revolucionario tan curioso añorando la vieja Francia del trabajo henchido de fervor y la vieja República místicamente impulsada. Pero es que para Péguy, revolucionar era tanto o más que innovar, restablecer y vigorizar los elementos creadores de la tradición.

“Me espanto cuando veo, cuando compruebo simplemente —escribe en *Notre Jeunesse*— lo que los ancianos no quieren ver, y es, sin embargo, la evidencia misma para todo el que mire con atención: el que nuestros jóvenes han llegado a ser extraños a todo lo que fué el pensamiento y la mística republicana. Y es de notar —como siempre sucede, por otra parte— que pensamientos que para nosotros eran vitales, se han convertido en ideas para ellos; que lo que para nosotros y para nuestros padres era un instinto, una casta, pensamientos inspiradores, en fin, han llegado a ser *proposiciones* para ellos; lo orgánico para unos ha pasado a ser lógico para otros... Pensamientos, instintos, castas, hábitos, que para nosotros eran la naturaleza misma, consustanciados con la vida, en los cuales ni siquiera pensábamos, que más que legítimos, que más que indiscutidos eran irrazonados, se han convertido en lo más pernicioso: en tesis históricas, en hipótesis, quiero decir en lo menos sólido, en lo más inexistente. En menos que tesis. Cuando un régimen de orgánico se convierte en lógico y de vivo en histórico, es un régimen caído.”

Y expresa más adelante: “Han muerto hombres por la libertad como han muerto por la fe. Las elecciones de ahora os parecen formalidad grotesca, universalmente falseada, trampeada en todas partes. Y sin duda tenéis derecho a decirlo. Pero hubo hombres, hombres anónimos, héroes, mártires y diría santos (y en esto sé quizá lo que digo), muchos hombres que vivieron heroicamente, santamente; todo un pueblo sufrió y murió para que el último de los imbéciles de hoy tenga el derecho de cumplir, falseándola, esta formalidad... Hubo un tiempo heroico en el cual los enfermos y moribundos se hacían llevar en sillas *para depositar sus papeletas en las urnas*. Depositar su papeleta en la urna: esta expresión os parece hoy de lo más ridícula y, sin embargo, ha sido preparada por un siglo de heroísmo.”

¿No parecen escritas tales palabras para hoy, para estos mismos años de 1940 y más que estamos viviendo? Lo que los hombres no percibieron ni sintieron hasta después de la guerra del 14, lo vió Péguy en 1908. ¿No es acaso el gran problema, la más fundamental y premiosa necesidad de Occidente

en esta hora, encontrar el modo de recrear la mística republicana, la mística de la libertad? Sí; era necesario, según Péguy, salvar la mística republicana. Pero hacía falta algo más: sumar a la libertad la asistencia, o, si se quiere, darle un contenido cristiano a la República. No tiene sentido hablar de la libertad por la libertad en el mundo moderno, así como no tiene sentido hablar de la esclavitud por la esclavitud en el mundo antiguo.

“Nuestro socialismo —dice Péguy— era nada menos que una religión de la salud temporal. Y aún ahora no es nada menos que eso. Buscamos nada menos que la salud temporal de la humanidad por el saneamiento del mundo obrero, por el saneamiento del trabajo y del mundo del trabajo, y por la restauración del trabajo y de la dignidad a él inherente... Todas las dificultades de la iglesia, todas sus dificultades reales, profundas, populares, vienen de que a pesar de algunas pretendidas obras en favor del obrero, y de algunos pretendidos obreros católicos, el taller le está cerrado, y ella, a su vez, está cerrada al taller... Toda la debilidad y quizá, menester es decirlo, la debilidad creciente de la iglesia en el mundo moderno, no viene, como se cree, de que la Ciencia haya montado contra la Religión sistemas según se dice invencibles, sino de que falta caridad a lo que queda de cristiano en el mundo de hoy... Y no se le abrirán de nuevo el taller o el pueblo a menos que, como todo el mundo, *haga los gastos* de una revolución económica, social, industrial, para decirlo en una palabra, *una revolución temporal* para lograr la salud *eterna*. Tal es eterna y temporalmente (eterna temporalmente y temporalmente eterna), la misteriosa sujeción de lo eterno a lo temporal.”

Esta revolución que Péguy propugnaba era una revolución cristiana, política y moral a la vez, y no se parece nada a ninguna de las que se han producido en el mundo moderno, cuyo común denominador es la muerte de la libertad. Porque Péguy era, sobre todo y ante todo, un adalid de la libertad.

Citemos algunas de las palabras y de los hechos que lo demuestran. Dice en *L'Argent*: “Es una regla absoluta desde el comienzo de estos cuadernos, es nuestro principio mismo y nuestro fundamental estatuto y, pienso, lo mejor de nuestra razón de ser, que el autor es libre en su cuaderno y que yo estoy ahí sólo para asegurar el gobierno temporal de esta libertad... Esta regla fundamental, obstinadamente seguida desde hace quince años, y que será seguida tanto tiempo

como la casa esté en pie, nos ha costado caro. Es a ella, y a ella casi únicamente, a la que le debemos los quince años de pobreza que acabamos de pasar...”

“Ser liberal es precisamente lo contrario de ser moderno y es por un increíble abuso de lenguaje que se juntan ordinariamente estas dos palabras y lo que designan... Y yo nada odio tanto como el modernismo. Y yo nada amo tanto como la libertad. (Y en sí misma ¿no es acaso la condición irrevocable de la gracia...?) Digamos las palabras —prosigue—. El modernismo es, el modernismo consiste en no creer en lo que se cree. La libertad consiste en creer en lo que se cree y en admitir (a fondo, exigir) que el vecino también cree... El modernismo consiste en no creer en uno mismo para no lesionar al adversario que tampoco cree. Es un sistema de declinación mutua. La libertad consiste en creer. Y en admitir y creer que el adversario cree... El modernismo es un sistema de complacencias. La libertad es un sistema de deferencia... El modernismo es un sistema de cortesía. La libertad es un sistema de respeto... No sería necesario decir las grandes palabras, pero, en fin, el modernismo es un sistema de cobardía. La libertad es un sistema de coraje...”

Cuando se sancionó en Francia la ley contra las congregaciones religiosas, Péguy militaba como socialista y ateo. Mas nadie ha atacado con tanto encarnizamiento como él a la demagogia combista por ese atentado contra la libertad religiosa.

Péguy sentía la raza como pocos; la palabra raza, junto con los vocablos, puro, eterno, carnal, temporal y cristiandad, son los más frecuentes, los más repetidos, en su obra. Su mismo hijo lo clasifica —según vimos—, como racista cristiano. Sin embargo, ¿quién ha hablado con tanta altura y profundidad como Péguy sobre Israel, sobre el pueblo y la religión de Israel? Uno de sus más grandes y queridos amigos, aquel sobre quien más ha escrito y a quien le dedicó devotísima amistad hasta la hora de su muerte, era judío: Bernard Lazare.

Maritain, con quien mantuvo largo contacto espiritual, le pidió que convirtiera su matrimonio civil en religioso y que hiciera bautizar a sus hijos. A lo que Péguy respondió que la idea de emplear su autoridad paternal para hacer bautizar a sus hijos contra la voluntad de su madre, no entraba dentro de su espíritu. Aceptó, en cambio, que tratara de convencer a su mujer, y Maritain no lo consiguió. Los hermanos Tharaud hacen este comentario que me parece profundo y exacto: “¿Cómo podía él imponer a otro lo que jamás habría aceptado

que le impusieran a sí mismo? Tanto como le parecía benéfica la autoridad que surge naturalmente de un ser y que se acepta con gozo, detestaba la autoridad que se impone, a la que llamaba para distinguirla de la otra —la única buena y fecunda— autoridad de comando”.

Y nadie ha señalado con más vigor que Péguy que la libertad del hombre es creación de Dios, en la Cristiandad y en el catolicismo. La libertad del hombre es la más grande invención de Dios, dice en *Note Conjointe*. “Hay esta libertad del hombre —expresa más adelante— que es una pieza esencial de la operación de la salvación y que se articula herméticamente sobre la gratuidad de la gracia. Dios quiere ser amado libremente... El más ínfimo de los pecadores puede hacer abortar una esperanza de Dios... Este es el hecho del soberano misterio: *l'effrayant liberté de l'homme*, la libertad, hija del amor —la libertad, imagen de Dios— Dios viviente... Porque yo mismo soy libre, dice Dios, y he creado el hombre a mi semejanza... A esta libertad he sacrificado todo... Para obtener, para crear, para hacerle gozar, para alcanzarle esta libertad, he sacrificado todo...” Por donde se ve claramente que sin la libertad el Dios de los católicos no podría ser como es, o simplemente no podría ser concebido. Tan opuesta a Dios es la falta de caridad, la negación del amor, como la falta de libertad.

En verdad, dice Romain Rolland, todos los partidos, si son sinceros, tienen que aprender de Péguy... “A los socialistas, entre los cuales se contó, les exigiría el servicio exacto, cueste lo que cueste, de la justicia, que invocan en la derrota y que, apenas vencedores, pretenden usar en su provecho. A los revolucionarios, les hubiera enseñado el respeto de los valores espirituales que éstos desagradecidos tienen a menudo tendencia a desestimar, cuando creen poseer en sus manos la fuerza, —siendo así que su verdadera fuerza, profunda, durable, reposa sobre la fe que remueve las montañas. A los nacionalistas, con los que ha hecho cruzada, les hubiera dicho, como Ghandi: *Que la patria permanezca pura, aunque muera.*”

Y digo por mi parte que a los comunistas les hubiera recordado que ese orden donde no hay más que una prensa que piensa como el Estado, una literatura que piensa como el Estado y hombres que si no piensan como el Estado no pueden vivir dentro de sus límites territoriales, se parece excesivamente a todo lo que

falta superar en la modernidad. A todo lo que la modernidad necesita superar para no ser un fracaso.

Y, sin duda, se hubiera particularizado con los cristianos y de especial modo con los católicos. Les hubiera puesto sobre los ojos, sobre los oídos, sobre la cabeza y el corazón, que la libertad sólo tiene asidero dentro de lo religioso o por lo menos dentro del espíritu. En un orden fundado en el materialismo o en el determinismo, basta con la justicia económica. Y por eso, hoy que la libertad juega decisivamente su suerte, quizás por siglos, el catolicismo debe mantener encendido en sus fieles —algo que imperdonablemente más bien ha ocultado que aclarado— que la libertad es tan inseparable de Dios como el amor y la caridad. Y que para que la justicia no sea un mito pseudo místico y para que fáciles tentaciones no conquisten a las masas, es preciso que el espíritu del cristianismo, la doctrina moral del cristianismo, la caridad, la compasión, la piedad y también la joven y sonriente esperanza, inspiren las legislaciones, pero no en retazos o por parcelas, sino en masiva penetración, como las aguas, al levantarse las compuertas del dique, abrazan la tierra sedienta.

Tal es, a mi ver, y a grandes rasgos, el mensaje actual de la vida y la obra de Charles Péguy, muerto a los 41 años. Su obra escrita comprende aproximadamente 30 volúmenes, repartidos entre la prosa y el verso. Fué tan importante poeta como pensador.

Hay algo que se impone por encima de muchas otras fuertes características de su personalidad y es que en él armonizan cualidades y tendencias que en el hombre moderno aparecen dissociadas. Socialista y nacionalista, hombre de pensamiento y hombre de acción, trabajador intelectual apasionado por el trabajo manual, libre pensador y católico auténtico en la esencia de su ser, revolucionario y ejemplo de virtudes militares. Su pensamiento revela, asimismo, en todos sus aspectos, esa misma integración. Sobresalía por los valores del espíritu; pero es enorme la gravitación que en su obra ejercen lo carnal, lo temporal, la raza, la tierra. Siempre buscó unirlos, nunca disgregarlos. Su medida es una medida de hombre, humana; no del espíritu puro o del espíritu desencarnado. Cuando las diversas actividades o facultades persiguen fines encontrados, la unidad se quebranta y reina el caos, que equivale al fracaso, en última instancia, del trabajo del hombre. El mundo no avanzará un ápice mientras haya una moral pública y una moral privada, mientras se admita en política lo que es una infamia en

el trato entre las personas, mientras haya una moral y un derecho internacionales y una moral y un derecho para dentro del país. Mientras la moral, el derecho y la justicia no sean universales.

En Péguy, la concordia es extraordinaria. Lo intemporal, lo eterno, tenía que inscribirse para él en lo carnal, en lo terrenal, en lo temporal, y si no lo hacía, Péguy quedaba sediento y hambriento de unidad. De ahí su devoción, su predilección por Juana de Arco, heroína y santa a la vez. Por eso también no había para él misterio tan esencial como el de la Encarnación, “que es —decía— el caso culminante de esta perpetua inscripción, de esta misteriosa inserción de lo eterno en lo temporal, del espíritu en lo carnal, que es el gozne que hace la articulación, el codo y la rodilla de toda creación, de toda criatura, de toda vida en este mundo y de Jesús”.

Cualquier doctrina social sin heroísmo, cualquier heroísmo puramente temporal, lo hubiera dejado insatisfecho. Su vinculación de la mística y de la política, su pensamiento según el cual no hay revolución verdadera si no es una revolución moral, acusa también una asociación de calidades en extremo desconstradas. Y ello no es una falla de éstos o aquellos hombres, de ésta o aquella política: es un vicio, o por lo menos un vacío acentuado por la cultura moderna. En Péguy se encuentran todos los elementos para una reforma, o como él preferiría decir, para una reintegración de la cultura.

No he escogido el tema de Péguy, para hablar en este viejo Centro Vasco, como podía haber elegido cualquier otro. Lo he escogido porque existe una impresionante identidad entre los valores que Péguy más amaba y los que en este momento de su historia representa y encarna el pueblo vasco. El pueblo vasco —al menos gran parte de él— sufre ostracismo y denuestos por haberse mantenido leal a su libertad y a su raza. Por haber preferido el destierro a soportar la barbarie totalitaria. Poco le ha valido que fuera un pueblo profundamente católico. Su catolicismo, hermano de su libertad tan antigua que debemos llamarla imperecedera, no puede pactar con el fascismo sin desnaturalizarse, sin caer en abominable herejía. Al buscar el camino de la expatriación, no sólo ha salvado su salud temporal, sino también su suerte eterna como pueblo, porque así ha mantenido el honor que le viene desde la cuna de su historia, el honor consustancial a la raza. Por eso, muchos vascos, y entre ellos algunos de los hombres y mujeres que me escuchan, no están hoy en los verdes

Pirineos, sobre el Cantábrico, en esas montañas que fueron la tierra de mis mayores, y a las que yo siento y quiero, sin conocerlas, como si en ellas hubiera nacido, luchado y creado. Son un pueblo que resiste a la uniformación de la modernidad, al desollamiento que barre con todo lo típico y característico de los hombres, de los campos, de las ciudades. Son un pueblo. En un mundo en que los pueblos se extinguen.

Decía Péguy que las razas que han luchado por el honor no han sido jamás exterminadas por sus adversarios. Y agregaba: "Es necesario que haya en la libertad, en la justicia (y tal vez en la verdad), un secreto de fuerza, un vigor propio, un salto, una esperanza, y, para decirlo todo, una gracia y un secreto de destinación..." Estoy seguro de que los vascos transitoriamente expatriados, que en el extranjero, con su fe en la libertad, mantienen en alto el honor de la raza, verán confirmada un día la verdad de esta sentencia. Que ojalá ese día esté próximo es mi voto más sincero.

*CARLOS ALBERTO ERRO*

# E S C R I T U R A

## 1

Tengo arcos para tu pecho  
y veo tantas liras ansiosas que pregunto  
si flechas encuentran tu corazón allí  
o sólo encabritado corcel puede  
templarlo con hogueras de viaje.

Pregunto si adorarte  
es rodear de insomnio cada cuerda,  
si estos dedos míos que sangran  
al pulsar índices o guías  
son así madrigales de presencia,  
son aljibes donde mirada espera  
su jinete elegido.

Tengo arcos para ti, fruto donde apuntar;  
hijo desvela tu cristal cerrado,  
suma lumbre saetas,  
estos mis ojos nube precipitan  
y a láminas celestes encaminan su amor.

Si viene este chico balde a salar mi reloj  
y alto cubo de llanto, de cristal revoca  
en la ascensión su pasajero aire,  
capiteles urgen de noche, pie de figura en linos  
mide callar hasta la hora seis.

Espadas de agua viran,  
menuda hierba gimen, en volandas  
sí de azar, no de llama,  
pero lienzo de estrella sus tambores  
allega, y doblemente  
la noche orada en granos.

Escucho pescadores  
sus líneas en desliz hacia la presa;  
columna volteando, leñador  
desvela párpado de bosque, instala su paciencia  
para venir del pecho hasta la mano,  
hallar amor a un paso, a una dimensión.

Orígenes en línea  
por el sonido gutural del agua  
torrente son de arena que acrecienta  
cerca, peces lunares fondeando.

Me callan, atareado  
dejo armas, y red, y llano busco  
y procura rocío en cada salmo  
dolido consolarme.

Dicen amor,  
resquemor sólo dura  
en las órbitas, antigüedad soplando,  
cono vacío que preserva  
ramillete de niñas entre lluvia.

Noche, si tu alentado espacio  
de mi vaso gotear ahueca música,  
si vestir transparencia  
ángel o pez tejiera,  
intentaría quebrar cañas,  
fundir hachas en diámetro  
y sol venido aquí, a lo eterno.

3

La muerte asiste  
y no titubean limbos en fugar  
ínsulas de soledad girando  
hasta la forma humana.

La muerte asiste, blanca,  
lenguas elevan escritura  
y verbo su cuidado recupera.

Fuego lloro, casi niña erguida  
en sus faldas de nieve  
y blandos límites danzan  
en rumbo a muchedumbres.

Agua decir quisiera, y sin embargo  
la gota de tu gracia  
a consumida fuente sabe,  
roja, hacia arriba.

Oh muerte, no puedo ya sino olvidar  
soledad, sino tupir lo intacto  
con temor, aunque esto sea en torres,  
en catedral y aguja,  
en armonio de fiebre y tentativa.

Son letras de misal delineado en vida,  
son sillares con hueco de hombre laureado,  
son adentro baldíos, luz enrarecida, nave.

Cánticos han llamado  
con voz de alguien incrédulo a paloma,

casi velar a brazo junto el día,  
casi ver que su ala en tus omóplatos  
raya hielo final.

Circula muerte así, paños abunda  
y sábanas de río, viene así  
al incienso a quedarse,  
a la ceniza por reasumir su fuego  
donde piedra responde  
y la voz helada es un pájaro alerta.

4

Porque apaciento tu imagen con azar  
a donde lo maléfico no alcance  
provincia hermética residiré.

Y en esto por decir, oye que habla  
mi traspasada lengua  
y vé su fundación de letra ahora.

Paso fuertes subidos. Habilito  
ojos a ras de sobrenaturales  
villas, señal de torre en vilo,  
curso tallado en ola y serafines.

Nada en salir, ni cabo alguno libre  
a sin límite va,  
inesperado, infatigable, donde  
a la vera me honran  
pecho y sentido con la media imagen.

Reposo, cara al bien  
de espaldas a los nudos, a lo que va pesando;  
si cosas ciegan  
soledad adentrada, vuelta a sí,  
en órbitas alcánzame su guía  
por mi sitial saber.

Yendo y viniendo a ti  
desarmados otros me complacen  
y voy guardando, liso, tu cabello,  
y nada suyo hay, sino la sombra,  
ni la sombra siquiera,  
esta menuda línea del espacio  
por donde voy subiendo.

5

Creo en atalayas graduales,  
en galope y pensamiento de espanto,

creo en lo no creado, hasta en arcángeles súbitos  
y agua cayendo a migajas de aleluya.

Espiral de sirena

te guiará por inseguros ramos de sombra,  
mano abrirá velaciones  
de cinco puntas de estrella y cinco montes  
donde la profecía espera su hora y su profeta.

Creo en tu pupila nueva, de mareas y menguantes,  
donde huelgas de dolor estallan;

creo en odres

soltando lágrimas y olas que ven aún tu horizontal  
jinete creciendo, grado a grado.

Criatura, espera, aún no creada,  
los tómulos del sol, las materias en orden,  
suerte de amor labrado, espera,  
alta esquina de naipes solitaria,  
aguarda ya, venir la geometría.

Creo,

creo y casi dudo así, que un mar suena  
mínimo y litoral sus piedras blancas  
como animales llamados a vigilar y estar escrito  
su número en los círculos del sueño.

*EDUARDO LOZANO*

# UN ALMUERZO SAGRADO

*A Rosa Chacel*

Hoy, al mirarme en el espejo del comedor para observar el estado de mi rostro, me sorprendió la expresión devota y fervorosa que empezaba a adoptar ante la perdiz que reposaba en mi plato. Debo decir, meditando en los ensueños que originó esta observación, que ciertas partes de la cara desempeñan en nosotros un papel muy semejante al de las antenas: captan la realidad y reaccionan frente a ella, podría decirse, unos segundos antes de que nuestra conciencia llegue a hacerlo. El dibujo formado sobre mi rostro por la devoción y el fervor, o, mejor dicho, el volumen que estos sentimientos ocupaban en medio del halo que el silencio y la soledad otorgaban a mi cuerpo, estaba destinado a proyectar sobre mi alma una sombra esplendorosa, como la luz irradiada por las llamas que envolvieron al profeta Elías en su ascensión al cielo.

Deseando averiguar por qué la perdiz comunicaba a mi rostro esa expresión, traté cuidadosamente, al ir a comer el primer bocado, de analizar si el gusto de su carne poseía algo inusitado o misterioso. Pero en el momento en que mis dientes empezaron a separar las fibras ligeramente ásperas y aromáticas de su pechuga, pude ver una gran avenida de eucaliptos, flanqueada, a la izquierda, por un potrero de alfalfa, y, a la derecha, por uno de trigo.

A pesar de no haber conocido nunca una avenida tan ancha e interminable de eucaliptos, el estado de ánimo que esta imagen suscitaba en

mí era igual al que suele acompañar a los recuerdos asociados con la parte más profunda y nostálgica de nuestro ser. Y la intensa lucidez motivada por ella hizo que se estableciera una dichosa armonía entre mi corazón, la perdiz, los muebles del comedor, la temperatura de la calle, el ruido del tranvía que doblaba la esquina, y las demás imágenes que se iban formando sucesivamente en mi cerebro.

No me era difícil detenerme con idéntico interés en cada una de las cosas que esa tarde me rodeaban, pensar en sus orígenes y en el papel que desempeñarían durante el transcurso de sus vidas; sin embargo, privado del divino poder de ubicuidad, me veía obligado a elegir, y esta elección, a su vez, me obligaba a desentenderme del resto de las cosas para fijar mi atención en el objeto elegido. No obstante, uno de aquellos objetos —la perdiz—, más que eximirse de esta ley parecía aniquilarla. Con sólo posar los ojos en su cuerpo, yo podía ver detalladamente una estancia que, si bien desconocida para mí, me era tan familiar como la que albergó los años inolvidables de mi niñez. Y la habitación en que me encontraba, el ruido del tranvía, la temperatura de la calle y el descomunal anuncio cinematográfico que ostentaba el periódico desplegado bajo mis ojos, pasaron a ser cosas pertenecientes a un dominio anhelado e imaginado desde la avenida de eucaliptos por donde se paseaba la perdiz durante muchos mediodías calurosos.

Y pensé en cuán molesto debía de resultarle el infaltable canto del hornero en esa atmósfera verde y apacible. ¡Cuán encantador descansar un momento sin la presencia de ese pájaro imprudente! A veces, los lagartos, que elegían esa hora de la tarde para interrumpir sus baños de sol y disfrutar de la sombra de los eucaliptos, miraban a la perdiz como incitándola a poner fin a tanta estridencia. Pero ella, ufana de no identificarse con deseos que armonizaban exactamente con la mirada voraz y sigilosa, la lengua bifurcada y los dientes agudos de sus poseedores, se alejaba balanceando su plumaje bronceado y se internaba en

los trigales con la suavidad de una emperatriz. ¡Ah, no había nada en el mundo tan voluptuoso y regio como el sonido que emanaba de las espigas al ser estremecidas por su paso! Era como si a la perdiz la escoltaran una cantidad innumerable de alabardas emplumadas, o, más bien, como si el rumor dorado y simple que descendía sobre su cabeza estuviera destinado a celebrar los anhelos que se iban apoderando de su corazón a medida que avanzaba hacia el casco de la estancia.

¡Hubiera sido tan hermoso poder transitar libremente por el parque, poner un huevo en la glorieta, mirar de cerca a las gallinas, entregarse sin reservas al bienestar que le brindaba la sombra espesa de los ligustros y comer hasta el hartazgo las densas semillas violetas que éstos dejaban caer con ejemplar regularidad! Pero temiendo que los perros, o los rifles y las hondas de sus amos, pusieran un fin demasiado violento a tales incursiones, la perdiz no las realizaba nunca. Melancólicamente, se resignaba a bordear los límites del parque, vislumbrando, a través del tupido cerco de cipreses, grandes rosales amarillos, macizos de granadas y, en el espacio que mediaba entre un grupo de paraísos y otro de álamos plateados, una carolina que interrumpía la pureza de esta llanura verde y breve. Hasta que el aire empezaba súbitamente a vibrar como sólo vibra cuando está próximo a las brasas; entonces, presintiendo que algo avasallador la cercaba, la perdiz emprendía un vuelo desenfrenado. Una tarde, cuando empezaba a acostumbrarse a las persecuciones de su irreflexivo y dorado amante, percibió, además de la sensación de avasallamiento, el terror. Intentó redoblar el vuelo y ensordecir al cazador que la convertía en el movible blanco de una escopeta de dos caños. Pero antes de que pudiera respirar un volumen de aire que infundiera nuevo vigor a sus alas y a su garganta, sintió que la alcanzaban dos municiones candentes, produciéndole un dolor agudísimo en el pecho.

— No pensó que los segundos inmediatos a su muerte llegaran a depa-

rarle una concepción tan extraña de la vida. Consideró con más lucidez que nunca ese conjunto de placeres, temores, orgullos, arrebatos, dudas, remordimientos, peligros y decepciones que es la vida. Sin embargo, si en su poder hubiera estado volver a la vida y eludir el efecto que las municiones dejaban en su cuerpo, se habría rehusado a ello. Si alguna queja profirió, no fué para renegar del dolor que la atormentaba, sino para pedir a Dios (como lo hicieron los profetas y Dios mismo, valiéndose del lamento) que transformara su dolor en una felicidad divina. Moribunda, y casi olvidada de todas las imágenes que inquietaron su existencia, fué a dar contra uno de los rosales de la glorieta que siempre deseó visitar. Desde allí cayó al suelo, inerte. Cesó de latir su corazón y de funcionar su cerebro. Pero así como Santa Teresa, al morir, no perdió la majestad y el perfume de las rosas con que recibió al Espíritu Santo durante muchas tardes castellanas, y éstas continuaron perdurando en sus párpados y en sus vestiduras, el ímpetu, el candor y la virtuosa malicia que la perdiz ejerció durante toda su vida continuaron habitando su cadáver, no ya como fuerzas independientes y alternas, sino como una sola fuerza en que actuaran las anteriores conjunta y simultáneamente: la de encontrar una mano que la recogiera y la atara boca abajo, en el mismo lugar en que yacían sus compañeras, un coche que la depositara en un mercado de las afueras de Buenos Aires, una cocinera que la comprara y después, antes que su cadáver llegara a descomponerse, un cuerpo humano en donde inmortalizar su carne y un alma que lo habitara y que fuera capaz de revelarle el encanto de todos los sitios que anheló conocer.

Los muebles del comedor, la temperatura de la calle, el espejo en que me miro y todas las cosas observadas en este día de hoy, que durante el almuerzo me parecieron tan inaccesibles y lejanas, vuelven a ser casi

lo que fueron antes de que me llevara a los labios el primer bocado de perdiz. Digo casi, porque ahora poseen una significación más profunda y nítida. La claridad que en estos momentos patrocina mi cerebro me hace pensar que todo ello se debe a un intercambio de fe. Así como la perdiz, en sus últimos instantes, se abandonó al Señor, no importándosele ya que sus anhelos llegaran a realizarse, sino que su fe prevaleciera sobre todas las cosas, así yo me abandono a la carne de la perdiz y dejo que ésta se apodere incondicionalmente de mi cuerpo y de mi alma.

Por eso, después del almuerzo, recorreré atentamente la calle Reconquista, desde Bartolomé Mitre hasta Sarmiento, barrio muy frecuentado por las palomas a causa de las grandes cornisas y figuras alegóricas que decoran las fachadas de los bancos; luego llegaré hasta la Plaza Lavalle y trataré de imaginar los pájaros y los árboles que la perdiz hubiera deseado conocer. Los contemplaré con todo el detenimiento de que soy capaz. Y ojalá el sabor matutino y leve que acaba de albergarse en mi boca (tan parecido al de las hostias con que comulgué quince años antes en la Parroquia de Moreno) no se desvanezca nunca.

*ARTURO JACINTO ÁLVAREZ*

## EL PROCESO DEL NÚMERO DOS

En la barra de los acusados, Goering declaró: "En el Reich yo era el Número Dos". Más tarde, durante el interrogatorio, cuando el fiscal norteamericano Jackson quiso producir efecto, se dirigió a Goering y le dijo: "Usted, que era el Número Dos en el Reich, usted es el único en el mundo que puede decirnos cuáles han sido los fines del nacionalsocialismo". Las palabras de Goering ya habían obligado a jueces, acusados y oyentes a salir de su habitual somnolencia. Pero esta frase lanzada en el tribunal hizo que todo el mundo tuviera inmediata conciencia de la extraordinaria importancia del caso que allí se juzgaba.

Sin la presencia de Goering en el banquillo de los acusados, el proceso de Nuremberg nada hubiera perdido, por cierto, de sus proyecciones históricas; pero no hubiera hecho otra cosa que colocarse, aun más, en un árido plano político y jurídico. El peso de Goering, su presencia física, su voz clara y su dinamismo, sus ojos hundidos y ojerosos, la extraña simpatía que su rostro suscita hasta en los que odian su persona, todo esto ha dado al proceso, desde el instante en que el ex mariscal del Reich pudo hacerse oír, un acento desconocido hasta entonces en los debates en que el martirio de Europa ha sido detallado mediante millares de toneladas de documentos leídos, como si fueran actas administrativas, con voz opaca y sin expresión.

De modo que pudimos experimentar un sentimiento paradójico de agradecimiento hacia Goering, porque aceptó encarnar ante el mundo ese régimen hitlerista que los expertos de Nuremberg disecaban como un cadáver.

En cuanto habló Goering, el Reich nazi, con su poderío y su orgullo, resucitó. El mismo Goering se equivocó al punto de que varias veces se refirió a las instituciones nacionalsocialistas en tiempo presente.

Todos los otros acusados, por el contrario, se esforzaron en borrar la noción

misma del Estado hitlerista. Y sus actitudes retraídas, su silencio desde que se inició el proceso, los convirtieron en sombras que, al hablar por boca de sus abogados, deseaban obtener gracia apelando a la mediocridad. Su sistema de defensa consistió en demostrar que el Führer era el Amo absoluto y que les resultaba imposible oponerle resistencia, aun cuando no estaban de acuerdo con sus conceptos (al oírlos se hubiera dicho que esto ocurría con frecuencia).

Hombres como Sauckel, cuyo solo nombre constituía una amenaza para millones de trabajadores, no eran ya más que humildes funcionarios sin talento, convocados ante un consejo de disciplina en reemplazo de su jefe, ausente a la sazón. El mismo mariscal Keitel pareció alegrarse cuando la verba de Goering lo describió como humilde sirviente a quien el Führer había puesto botas y galones. Ribbentrop decadente, ex Mercurio de las Embajadas, bebía, como si fuera leche, las injurias de Goering. También él —dijo el grueso mariscal— no era más que un lacayo ascendido al rango de diplomático. Hitler no hubiese tolerado jamás que le llevara la contra en ningún punto concerniente a política exterior. En resumen, estos hombres que la opinión mundial juzga como cabezillas del nazismo, tenían la intención de hacerse pasar por pequeños comparsas aterrorizados por el "Jefe". Tres hombres, además de Hitler y Goering, podían en rigor —afirmaron ellos— representar el nacionalsocialismo. Himmler, Goebbels y Borman. Hasta su muerte sirvieron las ideas principales del nazismo: la expansión germánica, el racismo, el espíritu totalitario, la violencia política que se tradujo en el régimen de los campos de concentración. No hablemos de Hess, que no es más que un espectro lleno de náuseas. Nosotros —decían los acusados de Nuremberg— no éramos más que servidores pequeños, humildes y leales del Estado alemán. Y los militares tenían en los labios la palabra de su profesión: "No hicimos más que cumplir con nuestro deber". Así desaparecía el rostro de la Alemania hitlerista. El Reich vencido no era, en realidad, más que un inmenso país arruinado donde los vencedores sólo se apoderaban de sombras, sombras de hombres, sombras de casas, y las ruinas vivientes de Nuremberg daban la sensación de que se juzgaba a muertos.

Entonces el testimonio de Goering cambió el aspecto de las cosas. "Yo era —dijo— el único capaz de hacer frente al Führer; pero estábamos siempre de acuerdo en los grandes principios." Todos lanzamos un suspiro de alivio. Tuvimos verdaderamente la sensación de estar frente al último hitlerista vivo,

a uno de esos que los sociólogos podían clasificar entre “los grandes nazis típicos”. Pero, ¿qué había de cierto en esto? ¿Quién era Goering?

El ex mariscal del Reich había preparado cuidadosamente su declaración. Jugaba a pura pérdida. El único deseo que expresó a su abogado fué el de morir por las armas y no en la horca. En los corredores del Palacio de Justicia de Nuremberg, Stahmer, abogado de Goering, se restregaba las manos. “Ahora veréis a un hombre”, decía a los periodistas. Desde las primeras frases de Goering todos los abogados se sintieron poseídos por un renuevo de celo nacionalista. Primeramente sonrieron. Luego mostraron su arrogancia. Sin olvidar sus correspondientes casos personales, se entusiasmaron por el del único hombre capaz de defender al Reich difunto, tan diferente a los ojos de todos ellos de “la Alemania sometida, como una mujerzuela, a los aliados”. El curioso abogadito de Doenitz, que concurre al tribunal con uniforme de comandante de la marina alemana, me dijo un día con orgullo muy personal: “Ha visto usted a Goering. Su conciencia tranquila le da esa fuerza...”

Goering empezó por evocar su juventud: formación militar, escuela de cadetes. Pasó rápidamente sobre los pormenores de su heroica conducta en el frente y, elegantemente, hizo resaltar su ardiente patriotismo. Los oyentes comprendieron, de pronto, que ese hombre, a quien la propaganda antinazi presentaba como a un estúpido cubierto de condecoraciones de pacotilla, era un “tipo realmente valiente”, como decía un periodista norteamericano. Desde ese momento empezó a interesar al público. Luego habló, en tono anecdótico, de su encuentro con Hitler. “Fué en un hermoso domingo de octubre de 1922, en Munich. Hitler estaba cerca de mí, pero yo no lo conocía...” Todo lo que se relaciona con la personalidad de Hitler apasiona a los norteamericanos. Los periodistas yanquis, febrilmente, tomaban notas. Goering seguía hablando: “Yo no lo conocía —expresó—; pero Adolfo Hitler empezó a conversar con otras personas y me sentí bruscamente impresionado por la calidad de sus argumentos. Hablaba de la ignominia del Tratado de Versalles que tenía atado de pies y manos al gran pueblo que somos. Hablaba de desórdenes políticos que dividían a nuestro pueblo, y de la autoridad de hierro que se necesitaba para guiarlo de nuevo por el camino de la grandeza. Sus palabras contenían el germen del nacionalsocialismo en su totalidad, y yo me adhería con todo mi ser a sus principios. Me presentaron a Hitler. Cuando supo cuáles eran mi pasado y mis

ideas, me pidió que luchara junto a él. Le prometí absoluta fidelidad y he mantenido mi palabra. Hasta el fin, su combate ha sido el mío.”

Ninguna fanfarronada, ninguna duplicidad se advertían en estas declaraciones. Solamente se ponía de manifiesto la existencia del compromiso absoluto de un hombre cuyo carácter lo llevaría a alcanzar, por todos los medios, el objeto que se había propuesto: la grandeza del Reich. Por consiguiente, en nombre de esa grandeza —según él— repudió todo principio moral tradicional en materia política y social. Tuvo ocasión de precisar esta noción en el curso de sus declaraciones: la moral política depende únicamente de las circunstancias en las que uno tiene que gobernar.

Veremos, en lo que concierne a Goering, qué escondían las siguientes palabras: grandeza del Reich. No obstante, antes de desenmascarar en la personalidad de Goering su aspecto de “jefe de banda”, es necesario establecer claramente que en la base de su compromiso estaba su pasión por Alemania. Detrás de este sentimiento exaltado, disimulaba cuidadosamente, aun a sí mismo, otra pasión no menos devoradora: la de su éxito como hombre. En nombre de su amor por Alemania negaba la libertad. La felicidad del individuo, alemán en primer término (y la felicidad de todos los demás, en segundo) se hallaba ligada únicamente a la noción de orden que proporcionaba al individuo una seguridad vegetativa; pero exigía, en cambio, un total sacrificio a la idea que Goering tenía del interés colectivo. Una frase de Goering ilustra perfectamente su tesis: “Se nos ha acusado —dijo— de esclavizar al obrero. Por el contrario, lo hemos liberado. Le hemos dado la certidumbre del trabajo cotidiano”. Nada cuenta fuera de esto, y Goering niega la vida del espíritu, salvo, tal vez, para los más selectos, pero a los que es menester suprimir si marchan contra la corriente del gigantesco esfuerzo de la comunidad. Para él, precisamente, nada es más pérfido que el espíritu. Sólo existe una realidad: la realidad económica. El pueblo alemán debía vivir y crecer según la ley de la selección biológica, aunque millones de hombres tuvieran que morir por ello. “La muerte —afirmó— no tenía importancia.”

Estos valores permanecen vivos en él. Da por inexistente la derrota de Alemania. En primer lugar, se cometieron errores. Esto no significa, en absoluto, una alusión a los crímenes contra la humanidad, ni a las violaciones de las leyes de guerra, ni a los campos de concentración. Ha sostenido que no

era partidario de las crueldades de los campos de concentración cuando Himmler los dirigía. Pero, ¿qué es la muerte, aunque horrible; qué es la degradación del hombre? Es una ley implacable y —cree él— en la vida diaria, hipócritamente ocultos, existen millares de ejemplos de la degradación del hombre. “Ved lo que ocurre en Rusia o en los más grandes Estados capitalistas”, dijo Goering en pleno tribunal. Escribió a un periodista: “¿Cómo osáis reprocharnos los campos de concentración, cuando habéis aplastado a 60.000 hombres de golpe en Hiroshima? Conozco también —añadía— el tratamiento que los franceses dan a nuestros prisioneros de guerra”. En el curso de este cambio de misivas con el periodista, reconoció que Alemania habría empleado la bomba atómica si la guerra hubiese durado algunos meses más, y que hay diferencia entre la anemia de ciertos prisioneros alemanes y las torturas, la podredumbre de los cuerpos y de los espíritus en las cárceles nazis. Pero para él sólo existen, en tales procedimientos, diferencias de cantidad y no de calidad.

Goering no cree en una justicia inmanente. El nazismo hubiera podido triunfar y él lo ha dicho: “Entonces hubiera sido la ley y la moral universales. Simple azar de la evolución del mundo. Las faltas cometidas no son faltas ideológicas sino faltas materiales. La derrota es cuestión de errores de cálculo”.

Nada ha sido más asombroso que oír hablar a Goering sobre las probabilidades de triunfo del nazismo. “Traté de convencer a Hitler. Le dije que era necesario violar la frontera española, conquistar Gibraltar, ocupar el África desde El Cairo hasta Dakar. Habríamos ganado la guerra. No me oponía a la guerra contra Rusia por cuestión de principios. Por el contrario, sabía bien que algún día tendríamos que llegar a eso y destruir no solamente el comunismo sino, sobre todo, el potencial militar de Rusia considerada como Estado competidor. Pero quería evitar una guerra en dos frentes. Deseaba pactar con los anglosajones y volverme en seguida contra la Unión Soviética. El Führer no me escuchó. Tal vez ha podido creer al final de su vida que yo había pactado con sus enemigos. Fué mal informado, y esto se debió a Borman, su pernicioso influencia. Me apena mucho pensar que en su última hora haya podido creer, un sólo instante, que yo era desleal con él.”

Ciertos aspectos de la vida de Goering, sin embargo, desenmascaran su duplicidad. El fiscal norteamericano Jackson y el fiscal inglés Fyfe lo comprendieron bien cuando aludieron a su costumbre de saquear. No obstante,

nunca le hablaron de hombre a hombre, sino como juristas, manteniendo siempre la dignidad de los debates. Goering se explicó sobre el particular: amaba las obras de arte, argumento que le pareció suficiente para justificar el robo de las obras maestras que poseían los judíos, puesto que éstos eran perseguidos. Establecía así claramente el postulado de su moral: la fuerza. Pero agregaba: "Esas obras, de las cuales tenía la intención de disfrutar durante toda mi vida, las destinaba a un gran museo Hermann Goering, abierto al pueblo alemán". Su orgullo se satisfacía con ello. Le gustaba el dinero, el lujo y el poder, porque, aunque negaba el espíritu, no negaba el placer. El amor al arte era en él un placer sensual y una vanidad de coleccionista. El uso de la morfina iba en el mismo sentido: debilitamiento del intelecto en provecho de la euforia.

Es necesario hablar nuevamente del compromiso de Goering. El poderío de Alemania es su gran tema ideológico. Pero no ha dado explicaciones sobre su odio al comunismo. Nadie le ha planteado la pregunta. Todos han admitido ese odio como un hecho consumado. En un debate en el estilo francés, alguien, sin duda, le hubiera hecho esa pregunta aparentemente superflua. Sin embargo, hemos creído comprender que el comunismo era para él el motor poderoso de la renovación del imperio eslavo. Si el comunismo hubiera sido un factor de descomposición de Rusia, Goering no hubiera sido su enemigo.

Pero detrás de la grandeza de Alemania estaba la grandeza de Goering. Goering era pobre y poseía un fuerte temperamento. En el plano personal sus ambiciones no tenían límites. Al ligar su vida a la del amo de Alemania había presentido su deslumbrante éxito como hombre. Su culto de la autoridad se confundía con el culto de su propio poder. A medida que ascendía, obtenía enormes ventajas materiales. El *trust* Goering no era solamente un medio de concentración del poderío industrial del Estado. Nunca renunció a ningún beneficio. Al contrario, los deseaba con avidez. En los comienzos de la era hitleriana se vió comprometido en sórdidos asuntos de dinero y sus actuales compañeros en el banquillo de los acusados tenían celos de él. Durante el saqueo de las tiendas judías de Berlín intentó apoderarse por su cuenta de pieles y de alhajas. Si ordenó la recuperación de los bienes robados fué porque tenía intereses en una empresa judía. Y esto, por otra parte, servía al mismo tiempo los intereses del Estado. En este sentido, como lo ha demostrado el proceso, el

jefe de banda no iba a la zaga del jefe de estado, y su “compromiso” era el de un aventurero de gran envergadura.

Si bien nadie ha interrogado a Goering sobre la naturaleza de su vocación anticomunista, ha habido un hombre que lo ha interrogado sobre su antisemitismo. Es el fiscal norteamericano Jackson. La pregunta era grave, puesto que todos los acusados están convencidos de que este proceso es el desquite de la “maffia judía.” El mismo Streicher, que tiene miedo, se defiende ahora de haber sido bajamente antisemita. Goering se ha explicado: “Yo estaba contra la comunidad judía porque en manos de ésta se hallaban las palancas económicas del Estado alemán. Nuestro primer deber para triunfar era vencerla. Los judíos tenían también una influencia muy grande desde el punto de vista cultural. Sostenían con astucia diversas ideologías contrarias a nuestro movimiento y animaban la mística social demócrata y comunista. Había que extirpar el pensamiento judío del cerebro de nuestro pueblo.”

—¿Y cuando los judíos fueron abatidos?

—Nunca lo fueron—, respondió Goering. Por el contrario insistió en el hecho de que no sentía ningún desprecio racial. No sentía, como Goebbels, una aberración de odio en lo concerniente al judío. Cuando el fiscal le pidió que indicase a los acusados más antisemitas, Goering contestó sonriendo: “Goebbels, Borman, Himmler.” No habló de Hitler. En ese momento, Hess protestó y, golpeándose el pecho, se designó a sí mismo. Toda la sala se echó a reír. Por tanto, Goering hizo un esfuerzo visible para presentarse como un moderado en materia de antisemitismo. Cabe preguntarse por qué. Si admite la necesidad de una lucha implacable, le interesa, por su renombre ante la posteridad alemana, crear la leyenda de un espíritu amplio y realista, pero libre de las humaredas del oscurantismo. El odio al judío en sí era una forma de oscurantismo, buena nada más que para los tres hombres precitados a quienes detestaba. Aunque Goering se vió obligado a reconocer que promulgó las leyes de Nuremberg en su calidad de canciller del Reich, sostuvo que estaba contra los *progroms* de 1938 que había querido Goebbels. Mientras este último pretendía prohibir a los judíos el uso de los ferrocarriles, Goering proponía hacerlos viajar en los W. C. . . . “Pero —dijo dirigiéndose al presidente del tribunal— no era más que una broma, moneda corriente de nuestras reuniones en las que todos rivalizábamos en hacer chistes a costa de los judíos.”

Cuesta imaginar la bajeza de las conversaciones que han tenido estos hombres, conversaciones que nos han sido reveladas por los resúmenes estenografiados. Uno de estos documentos de archivo nos explica el mecanismo del “espíritu conciliador” de Goering. Con motivo de una reunión que se llevó a cabo en 1938, Goering se declaró contrario a la ruptura de los vidrios de las tiendas judías, y todos sus colegas lo miraron con mala cara. Tuvo que explicarse. El último saqueo había destruído gran número de escaparates. Toda la producción de vidrios de las usinas belgas, durante un año, era necesaria para reemplazar esos vidrios. En consecuencia un número elevado de divisas tenía que salir de los fondos del Estado, ¡era intolerable! De este modo Goering no se dejaba engañar por un odio ineficaz.

Contrariamente a lo que se esperaba, Goering no se sintió de ningún modo molesto cuando le pidieron que se explicase sobre los campos de concentración, de los cuales fué creador. “Mientras fuí responsable de ellos —dijo—no hubo exceso de violencia. Los consideraba campos de castigo y de reeducación para los adversarios del Estado nazi. Yo mismo protegí a Thaelman contra la sevicia. —Y extrayó un clisé de su imaginación—. Lo hice comparecer ante mí (fácil es imaginar la escena: el potentado recibiendo al enemigo vencido; únicamente Goering era capaz de trazar este diseño digno del anecdotario histórico) y le dije: mi querido Thaelman, se queja usted de haber sido apaleado; pero si yo estuviera en su lugar y usted en el mío, usted me habría hecho cortar la cabeza.” Naturalmente desaprobó la acción de Himmler, que convirtió los campos de concentración en lo que todos saben. Él, Goering, jamás se hubiera rebajado a semejante tarea. Y mostró al tribunal y a los periodistas sus ojos enrojecidos por las lágrimas cuando vió la película sobre las atrocidades nazis. El fiscal británico no se dejó engañar y demostró a Goering que, en su calidad de jefe del plan de cuatro años, sabía exactamente de dónde provenían las toneladas de ropas y de calzado, los millares de anillos de compromiso, y los grandes fardos de pelo que servían para hacer colchones.

Goering estaba furioso. Todo lo que estropea su imaginación de leyenda lo enerva y lo deprime. El testigo Koerner ha dicho de él: “Considero a Goering como al último humanista...” Según los abogados, nada le ha causado mayor placer. De acuerdo en reconocerse culpable en cuanto a los principios se refiere, se niega a dejarse atrapar por las pequeñeces. Encontrando el punto

débil, el fiscal británico le dió varias estocadas a fondo. Ladrón: Goering. Mentiroso: Goering. Asesino: Goering. “¿Quién mató a Roehm?” “Su muerte era necesaria —contestó Goering—; pero mis manos no están manchadas con su sangre.” “¿Quién es responsable del asesinato de los soldados de los commandos aliados? ¿Quién es responsable de la ejecución de los aviadores británicos prisioneros, escapados de los campos de la Luftwaffe?”

Y Goering, turbado, se lanzó a justificarse. Trató de probar que estaba de vacaciones cuando ocurrieron esas matanzas. El fiscal inglés le puso ante los ojos documentos que probaban lo contrario, y lo trató de mentiroso. También en esto, aunque hubiera sostenido que en principio era necesario que los aviadores que aterrizaraban a los civiles alemanes sufrieran castigos ejemplares, Goering no quiere pasar por un hombre que ha ordenado un vil asesinato. No quiere salvarse. No espera ninguna gracia. Rechaza solamente aquello que lo disminuye, aquello que la historia juzgará incompatible con un gran destino.

En uno de los principales puntos del acta de acusación, la preparación de la guerra de agresión, Goering ha reconocido la voluntad de expansión del gobierno hitlerista. Lo único que discute es el término “guerra de agresión.” Siempre en virtud del principio del espacio vital y de la unidad alemana, ha explicado el *Anschluss* y la anexión de la región de los Sudetes. Todas las otras guerras eran guerras preventivas necesarias a la seguridad y al desarrollo del imperio alemán. Estos argumentos le parecían ampliamente suficientes. ¿Inconsciencia? No; se trata de la tesis hitlerista típica. Goering, como los otros nazis, ni siquiera cree en la idea de la paz. La vida interior de los pueblos así como su vida internacional es una lucha implacable. Habló de la lección de la historia, aludió a las guerras futuras. Frente a imperios competidores que buscaban el aniquilamiento de una Alemania poderosa, le parece, sin discusión posible, que el Reich está plenamente justificado si emprendió sistemáticamente acciones de guerra necesarias a su hegemonía.

En este terreno la acusación se ha mostrado débil. Los debates no han entablado una discusión sobre grandes principios. Los fiscales han buscado únicamente sorprender a Goering con las manos en la masa y probar su duplicidad, basándose en hechos. Goering fabricaba personalmente los telegramas que Seyss-Inquart, canciller felón de Austria, simulaba enviarle, reclamando la ayuda de Alemania. Goering rió de esto. ¿No era un ardid corriente en la diplomacia?

—Vamos, señores —dijo—, no hagan trampa. No nos agitemos en torno a falsos principios de moralidad internacional.

La conducta de Goering es, por lo tanto, la expresión del perfecto cinismo. De sus palabras se desprende que no existe un idealismo nazi. ¿Y se puede, acaso, hablar de mística? Esta mística sólo existió para los cuadros subalternos del estado nazi. Era, por otra parte, una fe dura, árida, salpicada de *slogans*: la Gran Alemania, la Raza de los Señores, la plutocracia judía... Goering sabía de lo que se trataba. Como místico no poseía otra exaltación que la de los hombres de acción. Los motores de su comportamiento son la ambición y el orgullo desmedido, unidos a una inteligencia y a una astucia llenas de lucidez.

El postulado del juicio del tribunal internacional de Nuremberg es la condena *a priori* de la aventura hitlerista en su totalidad, en nombre de la razón de cuatro estados. Sabiendo esto, resulta claro que Goering, identificado con dicha epopeya, está ya juzgado y condenado. Pero si se investigan los puntos en los cuales fué derrotado en Nuremberg, se deduce lo siguiente: responsabilidad abrumadora por el sistema de expansión de Alemania que implicaba la exterminación sistemática, meditada, de pueblos enemigos. Es exacto que Goering ha calculado fríamente que la muerte de cinco o diez millones de rusos era necesaria para la vida del pueblo alemán y el triunfo del sistema político nazi. Hasta para un espíritu imparcial este cargo es indiscutible, como lo son la acción racista de Goering, la creación de campos de concentración, su absoluto desprecio por la vida humana cuando no servía los designios hitleristas, su responsabilidad en la ejecución de cierto número de prisioneros de guerra y de soldados de los commandos aliados.

Toda la acusación, ahora que puede contemplarse con cierta perspectiva el sentido general del proceso, se ha apoyado menos sobre principios que sobre determinados hechos que hablan directamente a la conciencia universal. Un efecto muy curioso de los debates ha sido que el esfuerzo de los fiscales ha tenido por consecuencia que, de ahora en adelante, se considere a los veinte acusados de Nuremberg no como a estadistas, sino como a un equipo de mercenarios especializados, miembros de una banda o de una conspiración. A todos estos hombres, y en particular a Goering, les interesaba su éxito personal, y por este aspecto de la empresa nazi los fiscales tratan de suscitar contra los acusados, en la opinión mundial, el desprecio que justifica una sentencia implacable.

Goering ha comprendido el peligro. Desintoxicado, dueño de sí, se ha presentado al banquillo de los acusados como jefe de estado. Vistiendo su uniforme gris de mariscal del imperio, sin sus condecoraciones, con los brazos cruzados y el rostro demacrado por la fatiga y la angustia, ha procurado, pese a su temperamento fuerte, conservar durante sus declaraciones la actitud altiva de los grandes hombres que afrontan la injusticia de la historia. A decir verdad, sólo le faltaba el cetro que tenía en la mano cuando el general Patch lo arrestó, es decir su bastón de mariscal con diamantes incrustados que, al peso, vale cuatro millones de francos y que se encuentra actualmente en el museo de la Academia de West Point.

Cuando se vió obligado a explicar los aspectos mediocres de su gran carácter, lo hizo con un desprecio, con un desdén que entusiasmó a los periodistas norteamericanos. Las mujeres lo encontraban hermoso, sobre todo cuando arrojaba a la cabeza del fiscal, con una desenvoltura ofensiva, sus "claro está" y sus "naturalmente." En ese momento un juego extraño distrajo a la sala. La mayoría de las mujeres que asistían al proceso se interrogaron recíprocamente sobre el acusado que hubieran preferido en caso de que se hubieran visto obligadas a ceder a estos ex triunfadores. Cierta número de entre ellas se decidió por el hermoso Baldur von Schirach, por von Neurath o Rosenberg, pero Goering, con todo, fué el gran favorito.

Cuando se le considera de lejos, Goering no parece pertenecer a su época. Tiene el alma y el físico de un aventurero, de un soldado alemán del siglo XVI. Para él la secuela natural de la victoria eran los saqueos y los festines, y sabía que su abdomen y su afición al lujo lo convertían en uno de esos personajes fabulosos que seducen al pueblo. En esto difería esencialmente de Hitler, de quien nadie ha intentado todavía definir seriamente la estructura psíquica y la naturaleza de su compromiso.

Hay hechos de suma importancia que no han sido profundizados en Nuremberg; me refiero a las relaciones de la banda con la gran industria y el gran capitalismo alemán. No se ha hablado de ello sino con mucho pudor, como tampoco del papel exacto desempeñado por la Reichswehr tradicional en la aventura histlerista. Después de haber sido agente del gran capitalismo, el partido nazi trató de devorarlo. Goering (y tal vez por esto se distanció con Hitler) trató astutamente que lo admitieran en el seno de esta casta. Se convirtió en uno de los más poderosos industriales del Reich. Tiene, bajo una forma

que se ha evitado cuidadosamente de mencionar en Nuremberg, intereses financieros muy importantes hasta en la misma América. Tal vez es ésta la razón por la cual se rindió con tanta confianza y buen humor a los norteamericanos. Se asegura, de acuerdo con los testimonios que ha sido posible extraer a su abogado, que durante mucho tiempo esperó que una misteriosa solidaridad actuaría en su favor. Tiene ahora la certeza de que se han burlado de él y de que lo condenarán a muerte jueces perturbados por la opinión mundial. “Son los rusos —dijo— los que quieren mi pellejo. Por otra parte, si estos buenos jueces me absolvieran, sus respectivos gobiernos se disputarían mi encarcelamiento.”

Muchos se han preguntado por qué Goering no se suicidó<sup>1</sup>. ¿Tuvo miedo de la muerte? Goering, que fué un valiente guerrero, estaba, en el momento de su arresto, estropeado por el lujo y el abuso de los estupefacientes. Es difícil imaginar que consintiera de buena gana en ser el único delegado de los grandes nazis durante el proceso a los criminales de guerra. Además, su muerte, por orden de Hitler a manos de Himmler, estuvo pendiente de un hilo. ¿Por qué pudieron arrestarlo? No ha querido explicarse sobre este punto. Hitler lo acusaba de haber intentado pactar con el enemigo. Según parece, el hecho es exacto. La reticencia de los norteamericanos sobre el particular ilumina esta delicada historia. Cuando Goering juzgó que la partida estaba perdida, recurrió a los diplomáticos de los Estados Unidos. El conjunto de su declaración, sus confesiones relacionadas con el problema ruso-americano, permiten deducir que trató de poner a disposición de los norteamericanos lo que quedaba del potencial militar alemán, a fin de que fuera utilizado contra los rusos. Todavía hoy, especulando con las diferencias ruso-norteamericanas, Goering ha dado a entender claramente que si el proceso durara bastante tiempo, él y sus cómplices se salvarían.

Goering ha sido víctima de su famoso realismo. Pero, durante todo el proceso, ha insistido constantemente en la bondad de sus intenciones. Pese a sus declaraciones de principios en el sentido de un nacional-socialismo fervoroso, necesarias a la integridad de su prestigio, ha procurado presentarse como un conciliador, como un diplomático ponderado. Con esta intención hizo ir a la barra de testigos al sueco Dalheurs. Deseaba probar que había buscado cons-

<sup>1</sup> Este artículo fué escrito dos meses antes de que terminara el proceso.

tantemente un acuerdo con Inglaterra. El testimonio de Dalherus se volvió contra él, porque se trataba solamente de separar a Inglaterra de la coalición antialemana para asegurar mejor el éxito del Reich nazi.

En resumen, Goering jugaba en todos los tableros, tanto en materia de éxito personal como en materia de política interior o en materia de política internacional. Su testimonio concerniente a la Iglesia es edificante: "Estábamos contra la Iglesia porque los sacerdotes estaban contra nosotros. Pero yo no quería descuidar el efecto de la fe sobre la moral de nuestros soldados. En la medida en que la religión podía ayudar a nuestros hombres a morir mejor, yo estaba de parte de la Iglesia. No era yo de los que frecuentaban la iglesia, pero iba a misa para demostrar a los humildes que si el número dos del Reich asistía a ella, ellos también podían hacerlo."

¿Se trata de una confesión irrazonada? Si es verdad que Goering adopta actitudes para la posteridad, dudo que estas palabras favorezcan su memoria. Pero la naturaleza de Goering va más allá de sus cálculos. No sabe resistir cuando hay que expresar las proporciones, que él estima gigantescas, de su inteligencia y de su fuerza vital. En esto, tal vez, no es un nazi típico. Hitler, Borman y Goebbels eran nazis típicos. A pesar de su astucia, estaban amurallados dentro de sus valores. Su lucha obtusa, ambiciosa, se confundía con sus vidas. Eran tristes, encarnizados. Su arma principal era la violencia, y ante el fracaso sólo conocían la ira y la desesperación.

Para Goering la violencia era un medio como cualquier otro; como el buen humor, por ejemplo. Es significativo que se haya echado a reír durante la audiencia. No era una risa sarcástica: era una risa jovial, una risa de niño. Estos aspectos extraordinarios de su carácter impresionaron a todos los testigos del proceso. Al juez Lawrence le apasionó la declaración de Goering. Varias veces, y con mucho tacto, impidió que el fiscal norteamericano Jackson interrumpiera dicha declaración. La vida que anima a Goering se lee en su rostro, donde todos los sentimientos se expresan con las más diversas mímicas. La leyenda le hubiera atribuído los éxitos de Don Juan, si el pueblo no hubiera sabido que a causa de sus heridas la virilidad de Goering se había visto gravemente afectada.

Cabe preguntarse qué le habría ocurrido a Goering si Hitler lo hubiera mandado arrestar bastante tiempo antes del derrumbamiento final del Reich.

Lo cierto es que si a Goering lo hubiera sometido a proceso, el proceso de Berlín en nada se hubiese parecido a los procesos públicos de Moscú, cuyo resorte psicológico ha sido desmontado por Koestler. En el fondo, esta forma de proceso ilustra, además de la complejidad muy conocida del espíritu eslavo, la ósmosis del partido comunista y de la conciencia colectiva soviética. Nada parecido entre los nazis, por cierto. El castigo ejemplar hubiera sido el asesinato puro y simple. El número uno hubiera hecho suprimir al número dos, a título de ajuste de cuentas entre ellos. Goering lo sabía. Y todavía hoy —es una cuestión de honor apreciada por la banda— se niega a explicar la naturaleza de sus divergencias con Hitler.

Sin pretender discutir la cuestión de la responsabilidad del pueblo alemán, no hay duda que los millones de alemanes envueltos en la aventura hitlerista están, de ahora en adelante, separados de la banda. Por más que Goering quiera posar para la posteridad, su proceso, y menos aún el de sus comparsas, no despierta el menor apasionamiento. Únicamente la figura de Hitler suscita aún cierto fanatismo, y las circunstancias de su muerte acreditan todas las leyendas. Es significativo que el caso de Goering no provoque ningún comentario apasionado entre los alemanes, nítidamente orientados ahora hacia los problemas del porvenir. Goering y los demás representan el pasado. Su aventura ha concluído. "Para nosotros —me dijeron, antes del fallo, varios alemanes del pueblo— Goering ya está colgado."

Se ha hablado mucho del carácter de la adhesión del pueblo alemán al partido nazi. Sin prejuzgar sobre la posibilidad de un resurgimiento eventual de la mística hitlerista, análoga a la mística bonapartista después de la caída de Napoleón, es evidente, para quien ha observado con imparcialidad la Alemania ocupada, que la profesión de fe nacionalsocialista de Goering no ha tenido eco. Su vida ya no interesa a los alemanes más que en el plano del anecdotario histórico. Lo único que muchos de ellos se preguntan es si el grueso Hermann morirá valientemente. Cuando se vuelve a colocar a los veinte acusados de Nuremberg en sus bancos y en sus celdas, en medio de este inmenso país arruinado donde se plantean grandes problemas económicos y políticos, se tiene una noción exacta de su soledad. Aunque Goering sacudiera su melena para darse la ilusión de que representa todavía alguna cosa, en realidad, no representaba nada, ni siquiera a la Alemania hitleriana. Ha podido dar testimonio sobre los

finés y el espíritu del nazismo, pero este curioso personaje, que encontró en la última gran enfermedad del capitalismo terreno favorable a su extraordinaria ambición, no es un nazi típico.

Ahora, separado del mundo, no es más que un jefe de banda en mano de los gendarmes, y su ascendiente sólo se manifestaba cuando estaba junto a sus cómplices, a quienes lograba aterrorizar o divertir con sus ocurrencias durante el almuerzo que compartían en una salita del palacio de Nuremberg. Estos almuerzos eran muy animados. El tono habitual era el humor agresivo con respecto a los miembros del tribunal. A veces Goering estaba serio, dictando una conducta a los demás; otras veces divertía con rasgos de corte hitlerista. Los flemáticos policías, que no hablan alemán, le permiten hacer lo que quiere. Se tiene la impresión de asistir al picnic de una banda de *gangsters* cuyo lugarteniente respetado es Goering. Rara vez deprimido, aunque no creía salvarse, continuaba acumulando palabras para enfrentar a la acusación. En esto pasó lo mejor de su tiempo en la prisión. Los guardias decían que vivía como un monje estudioso.

Si se contemplan estas escenas del proceso de Nuremberg, cuya *vedette* es Goering, como las imágenes finales de la aventura hitleriana, impresiona lo absurdo de tal aventura.

En la prisión de un país cubierto de escombros, donde los habitantes de las grandes ciudades viven en sótanos, un hombre obeso que fué el número dos de ese país cuando era un imperio fabuloso, empalidece durante la noche redactando oscuros textos, mientras soldados vencedores, llegados de países situados a millares de kilómetros de distancia, bailan en hoteles llenos de vituallas y de luz.

Trabajaba en una defensa en la que no creía, destinada a un tribunal que declaraba incompetente.

PAUL BODIN

# NOTAS

## Libros

### LITERATURA GENERAL

FRIEDRICH HÖLDERLIN: *Hiperión* (Emecé, Buenos Aires, 1946).

El alma de la naturaleza está sola, y solitarias están las cosas que desde el pasado nos iluminan con su nostalgia. En ellas, junto al canto de la vida y al canto de la muerte, moran algunos artistas inspirados con la sabiduría de los dioses —semejante a la música, lejos de la presuntuosa razón humana—, cuya tragedia es compartir con efímeros mortales la atmósfera en que se gesta su mensaje sagrado.

Esos dos signos rigen al joven Hiperión. Dotado de un alma generosa, desea el engrandecimiento de sus hermanos mediante su ingreso al equilibrio perfecto de la naturaleza, del que se han apartado —la unión de la materia y el espíritu—; y por medio del dominio una nueva religión de la hermosura, el resurgimiento de una Grecia semejante a la antigua Hélade mítica. Pero, aunque reconocido portador de un sino tal por cuantos le rodean, como un héroe redentor, aún el fruto no está maduro, las hojas no reverdecidas y la savia demasiado caliente para cumplir obra de prudencia. Su yo interior se debate en la confusión de los primeros años, necesita modelarse con las experiencias que le ayudarán a distinguir lo bueno de lo malo y convencerse de que antes de alcanzar el fin es preciso sobrellevar los obstáculos. El nacimiento de su ser lo convierte en egoísta inconsciente y en nombre de su ideal fraternal, amplio y bello, centra el mundo en sí mismo.

Su dura entereza de alma, que lo torna cruel e injusto más de una vez, terminará por madurar; y entonces, al abrirse en el seno de la naturaleza, se abrirá también para los que sigan su rastro. El artista crea en soledad y su

alma individual no puede entenderse de inmediato; es un profeta del que se reniega porque hay que acostumbrarse a su presencia para captar algo de su enseñanza; pero se halla unido con los otros seres por esos lazos sutiles que encadenan a todos dentro de la gran rueda de lo bello.

La novela, escrita en cartas (líricas, con un tema que pudo hacerlas heroicas, influenciadas por el concepto de la naturaleza de Rousseau, por el platonismo y la educación filosófica del medio en que se desenvolvía el poeta), ilustra sobre los tres ciclos por los que pasa Hiperión hasta integrar su carácter: una primera época de aprendizaje pasivo, una segunda de acción equívoca, y una tercera de resignación, pero de hallazgo de su propia esencia. El ritmo de las estaciones, de la vida y de las épocas, acompañan esta evolución. Muestran al protagonista la perennidad frente a su brevedad y le enseñan que sin que le sea dado gozar de su eternidad, el hombre puede pervivir más allá de su forma corporal, anímicamente. Los que llevan una misión la siguen cumpliendo después de muertos.

La primera experiencia de Hiperión es la naturaleza. En ella se encuentran seres ocultos, voces, poderosas y bellas criaturas que le recuerdan la grandeza pasada y le incitan a hacerla renacer (si fuera verdad un eterno retorno, volveríamos a vivir por una "segunda primera vez" lo que antes vivimos, sin tener conciencia de ello). Su amor a la libertad es un intermedio entre la muerte y la vida, entre el tiempo huído de la Grecia antigua, donde todo fué hermoso, y la naturaleza donde todo es exacto y libre.

Hiperión es feliz cuando se encuentra frente al paisaje de su patria porque entonces su soledad puede volcarse en otra soledad. Su alto espíritu no resiste las pasiones de los hombres aunque éstos luchen por sus mismos ideales; la amistad que los otros le devuelven le hace daño porque no alcanza a tener la intensidad de la suya.

Además, el maestro lo abandona, pues comprende que la misión que le toca desempeñar es enseñar al discípulo el primer peldaño y apartarse para no impedirle la ascensión a los otros, que pueden ser distintos a los que él desearía que subiera. Las vidas, luego del impulso hacia la verdad, se dirigen a ella por el amor, la intuición y el propio esfuerzo. Cuando el discípulo supera al maestro, éste cree que lo traiciona y toma por desvío de la senda trazada aquello que está ya por fuera de su comprensión. El destino de los altos espíritus es vivir solitarios por esta incompreensión en la que aún aquellos que los aman los creen perversos,

malos, egoístas (cuando el gran amor por todos los impulsa a sacrificar a algunos).

Hiperión no traiciona a su maestro, porque éste intuye, como Diotima, cuál será el destino que aguarda al joven.

Además le había traído el amor a los hombres puros, la belleza, y el ansia del pasado, que se agregaron a su esencia panteísta y a sus búsquedas de la libertad. Cuando aquél parte, halla a Alabanda, que le infunde el amor a la acción, la valentía, la empresa, la decisión y la amistad. Hiperión enseña a Alabanda, antes de aprenderlo él mismo, que no existen libertades colectivas sino individuales y que esta libertad última, que la es la del espíritu, no puede ser dominada por la fuerza.

La muerte de Alabanda es un símbolo: el del amigo que da lo mejor de sí y que la vida termina por alejar, pasado el instante de compenetración perfecta. Hiperión reniega de los secuaces de su amigo porque le causa horror la mentira que emplean para conseguir sus fines nobles. Toda conspiración secreta, aunque impulsada por loables principios, tiene algo de insecto invisible que carcome la madera, algo de repugnante y cobarde; sólo cuando estalla a plena luz, en la acción que permite a los otros, aunque sean malos, defenderse, encuentra su justificación. Hiperión arrastra a Alabanda, luego de un intervalo de separación, a la pelea sin disfraces. La experiencia de esta lucha será la conclusión de la segunda etapa: todo gran hombre lucha rodeado por malvados y falsos.

Antes del reencuentro con Alabanda, con el que se iniciará el segundo ciclo, Hiperión halla un espíritu parejo al suyo, tan bello y puro, que el exceso de amor concluye por destruirlo: Diotima, que es la serenidad, el amor en el cual el espíritu se libera de esclavitudes y dobleces involuntarias. Enseña a Hiperión que lo que sueña es verdadero porque ella misma es la verdad, y la prueba con su vida, con su familia, que vive en un grado de sencillez, belleza y sabiduría que podría equipararse al de cualquier hogar de la Grecia ideal, si bien es cierto que la pureza de ese hogar no se aparta de la prescrita por el evangelio (la teoría de la concordancia entre el cristianismo y el helenismo, cuya gestación culminará en Pathmos, es en la novela apenas una intuición). Diotima, una voz más de las cosas, que se sacrifica para que él pueda seguir su destino, le enseña el equilibrio. El equilibrio, la plenitud, el Uno, es la felicidad de que goza la naturaleza; pero el hombre ha sido apropiándose de los elementos que lo conformaban y no puede, al usarlos, sino gozar de una dicha parcial. El cono-

cimiento lo ha apartado, al complicarlo y encanecerlo, de la alegría sencilla y lo ha hecho su esclavo: “es un dios cuando sueña” —porque está libre— y “un pobre mendigo cuando reflexiona”, pues se limita. Por eso dice Hiperión que formar un único ser con el todo de la naturaleza, olvidado de sí, equivale a vivir como los dioses y poseer el cielo y la tierra.

Terminadas las experiencias pasivas, Hiperión, nuevamente con Alabanda, entra en el combate para sufrir un desengaño. Aquellos que persiguen la libertad entre los hombres suelen buscar un fantasma, la sombra de un deseo, y apresan una idea deformada y misérrima, creyendo alcanzar el cuerpo amado de la independencia, el amor y la justicia. No se logrará la libertad espiritual del conjunto de los hombres y esto es lo que busca el joven tras la libertad material del suelo de su patria. El hombre es imperfecto, tiende siempre a la disonancia, aunque siga un ritmo fatal como las plantas; su interior no guarda disciplina alguna. Busca su propio provecho y no el del conjunto, que también sería el suyo.

Hiperión se queja amargamente de los griegos y alemanes, pero ¿qué pensarían los griegos y alemanes de este eremita a pesar de sí, de esta criatura desdeñosa para las cosas terrenas, que odia a aquellos que quisiera amar, sin piedad para los pobres de espíritu? Si es trágico para el artista vivir entre la gente buena, también lo es para ésta soportar a aquél, que es una disonancia en su mundo sin misterio. El artista no debe lanzar gritos de impaciencia sino actuar con dulzura, como quien educa a un niño, si es que se siente obligado con los otros. Así lo comprenderá Hiperión.

El destino, con fuerza fatalista, guía al joven griego a través de sus ensayos y equivocaciones hasta esta tercera etapa. Su sueño de restaurar la antigua grandeza de su patria no se realizará por la acción en el combate, sino por la belleza de su pensamiento en la soledad, que irá contagiando a sus coterráneos. Pero debe aceptar la ley que dice que cuanto más se engrandece un país con el aporte de los genios que engendra, tanto más implacable es con ellos. Los hombres, como se resisten a la vejez, se rebelan a la mudanza interior.

Hiperión fracasa en la segunda etapa por esta causa: aún no ha llegado el tiempo (ha nacido demasiado tarde para una época y demasiado temprano para la porvenir. Hölderlin se volverá más pesimista: Empédocles llega en el momento mismo y sin embargo fracasa. Se desprende, pues, la conclusión de

que el gran hombre está siempre solo porque dialoga con los dioses y la naturaleza y únicamente da sus frutos a los hombres. En el último momento los humanos no lo entienden y lo aíslan, hasta que el instinto los inclina a destruirlo). Es preciso reeducar a los que están pervertidos. Solamente redimiéndolos con el ejemplo, dando a cada uno la conciencia de su libertad propia, enseñándoles de nuevo la generosidad y el culto de lo bello, podrá conseguirse el Estado perfecto. Al entrar en la tercera etapa, sabe que solamente reintegrándose a la naturaleza, recordando al hombre que está sujeto a un ritmo —nacimiento, plenitud y muerte—, uniéndolo con el todo, podrá salvarlo. Porque entonces sigue una ley divina y no humana como cuando empuñaba las armas para conquistar esa armonía, y se convierte en el verdadero intermediario entre los dioses y los hombres, en el héroe, en el gran ciudadano, en el semidiós, en el profeta.

En síntesis, Hiperión, que es un hombre en formación, pasa por todas las experiencias: encuentra un maestro, encuentra la amistad, el amor, la acción, el ideal, para terminar en la comprensión final: la grandeza de alma se halla en uno mismo, la libertad es individual, como la existencia de los árboles. El conjunto de árboles y de libertades (que forman la libertad colectiva, siempre ficticia e insegura) son la grandeza de la naturaleza y del hombre, y su belleza.

Las relaciones entre los hombres son las que crean, como un pacto, la armonía y la paz; pero solamente en la parte externa. El interior, generador de esa grandeza exterior, es imperfecto. Inútil querer destruirlo o mejorarlo, porque reside en la esencia incompleta del hombre-artista, en su categoría de intermediario con los omnipotentes, de semi-dios. Cuando el interior quiere volcarse en esa grandeza exterior que ha producido, la desvirtúa y pervierte. Como el proceso de decantación de una materia, de lo innoble a lo noble, así es el espíritu humano. Es éste un ejemplo para la mejor comprensión de la tesis: cuando nos entusiasma un libro, procuramos conocer a su autor, suponiendo que su proximidad nos dará una fuente mayor de gozo y enseñanza. Las repetidas desilusiones que sufrimos no nos escarmientan. Creemos ver en *Hiperión* el proceso inverso: lo exterior, lo que se vuelca en la naturaleza, es lo infinito; lo interior es lo finito. De aquí parte el conflicto de toda personalidad. Los bárbaros, incrédulos y malos son felices porque solamente viven en la atmósfera de su yo imperfecto. Pero los elegidos se angustian porque quisieran elevarse a la perfección, y porque

desprendiendo de ellos lo bello, lo imperecedero, sufren la finitud de su imperfección que los conducirá irremediabilmente a la pérdida de aquello que permanece cuando hayan desaparecido. Naturalmente, la única salida en este caso es la fe en la Inmortalidad del alma.

Pero, desde el aislamiento, los artistas que poseen esa parte externa perfecta, pueden vencer a aquellos que viven en la imperfección y encauzar al mundo, por los altos senderos del espíritu, hacia el reinado de la belleza. Si la gran mayoría está dominada por lo imperfecto, ¿por qué no ahogarlo y dar la supremacía a lo bello? ¿Por qué algunos no han de llegar después de la confusión, por entre las sombras y las amenazas, a la creación de un Estado donde impere el perfecto equilibrio y la más pura felicidad?

La edición lleva un prólogo de Paul Zech, inteligente y erudito. La versión (tal vez esta primera traducción castellana conmueva a nuestra juventud como emocionó e influyó el texto original a la alemana, desde Schiller a Nietzsche, desde Rilke a George), en la que algunas infidelidades se compensan con una comprensión absoluta de la atmósfera del poema, fué realizada por Alicia Molina y Vedia y Rodrigo Rudna.

H. FERRO

JOSEPH CONRAD: *Gaspar Ruiz; Cuentos de inquietud* (Emecé, Buenos Aires, 1946). —

Que un señor nacido en Polonia, y que lleva el nombre polaquísimo hasta la redundancia de Józef Teodor Konrad Nalecz Korsenioyski, llegue a convertirse en uno de los más grandes escritores ingleses, es algo que simultáneamente nos ilumina acerca de las vastedades universales —como las de su imperio— de la literatura inglesa, y de la ductilidad genial de quien tal cosa consigue.

Ductilidad que no es acomodaticio mimetismo, ni predisposición para el calco, sino adecuación ininterrumpida para lo humano; no curiosidad por lo pintoresco y las chafarronías del color local, sino que pasa a través de él en procura de la mágica certidumbre que la realidad depara a quien persigue únicamente su intimidad.

Este Gaspar Ruiz es bien significativo para nosotros, puesto que un soldado argentino, desertor de los ejércitos de San Martín, era una tentación demasiado fuerte para cualquier europeo que quisiera revelar las singularidades de este país casi fabuloso, no del todo precisable en los confines de mapas escurridizos, y en zonas históricas aun más brumosas. ¡Qué oportunidad para el lucimiento de esa erudición imaginativa que ningún lector coterráneo saldrá a reprocharle!

Conrad prefiere en cambio una técnica más cauta en su ambiciosa modestia: Gaspar Ruiz será exactamente un soldado de San Martín, convincente para cualquier lector argentino, como Karain podría serlo para los indígenas del Archipiélago Oriental, o la tremenda historia de los hijos de Jean-Pierre Bacadou para sus convecinos de Treguier.

Si un polaco ha podido ser un gran escritor inglés, es justamente por eso: porque ha sabido identificarse con cualquier pueblo, con cualquier medio. Sus relatos pueden partir de una comfortable conversación en un club londinense, sentido como tal club londinense, por cuya razón sus contertulios pueden provenir de todas las partes del mundo, pues las aventuras que cada inglés corre por mares y tierras no dejan de tener entre sus fines más importantes llegar a constituir, algún día, agradable tema de conversación en su club.

La lejanía espacial o temporal suele dar aliento al romanticismo tan amigo de lo pintoresco. Quien la describe permanece desde su punto de mira, y hace participar al lector de esa cabal sensación de lejanía: la misma insistencia en la descripción de detalles suntuarios, o la minuciosa compulsión de costumbres y técnicas, nos está denunciando la no superada distancia que perdura entre el relator y su relato. En Conrad, y ésa me parece la fundamental excelencia de su arte, no existe separación visible entre él y el medio que describe: su prosa efficacísima entra en contacto íntimo con la sustancia vital que maneja. Los países que revela podrán estar en las antípodas del lector, no así del autor que se halla siempre presente en ellos. Y eso no puede lograrse a base de una información, por más veraz y completa que ella sea; aun podría decirse que esa información, considerada como centón de datos, más bien perjudica que favorece al novelista: sólo una milagrosa simpatía capaz de identificarse, de "participar" —en el sentido mágico de la palabra— con cada medio, puede lograr la captación vivificante del mismo.

Los viajeros ingleses han estado desde siempre magníficamente dotados a ese

respecto. Conrad no hace más que demostrarnos que no es indispensable que un viajero inglés sea inglés, siempre que su capacidad de captación pueda abarcar, no solamente mares remotos y épocas distantes, sino la propia Inglaterra y el tiempo en que a él le haya tocado vivir. Esta capacidad de omnipresencia, tan parecida al don de ubicuidad, quita a los relatos de Conrad todo aspecto pintoresco, e incluso no nos sugiere la posibilidad de un viajero como él lo fué, sino la milagrosa antología universal de las obras escritas por las diversas hipóstasis de un solo ser, que simultáneamente hubiese sido polinesio, sudamericano, francés, y hasta polaco.

Otra de sus características es una casi huraña masculinidad. Las mujeres cuentan poco o nada en sus relatos: son siempre aventuras de hombres empeñados en las actividades viriles por excelencia: la guerra o la caza, o esa forma disimulada de la guerra y la caza que son los negocios. El mar, como mar, pura furiosa soledad, no le conmueve tanto como el navío que lo surca: allí hay un destino, una actividad que cumplir: el mar es para él resistencia tenaz que vencer, y ocasión de un oficio cuya rudeza lo aproxima a la primaria sensación del ser. Nada más alejado de las complacencias sensuales, con sus femeninas sabidurías en el logro del deleite, que su estilo ceñido a su objeto hasta constituir una sola entidad con él. Las cosas logran una objetivación corpórea, así como tiempo y espacio esa certidumbre de que sólo los reviste la propia vida.

A veces acecha la truculencia, como en el propio relato de Gaspar Ruiz, dispuesta a señorearse de su prosa, pero la naturalidad del relato no se conmueve, ni le presta asidero: el que ocurran cosas atroces, como en "La Bestia", o en "Una avanzada del progreso", no es culpa de una predilección malsana, sino de que así suceden los hechos en ciertas circunstancias y en algunos rincones del mundo. Por otra parte, los sucesos en sí no son los que valoran estos relatos de Conrad. En verdad resulta difícil definir dónde reside su verdadero encanto; pero se me ocurre que no debe de ser del todo equivocado atribuírselo a su capacidad para sugerir el fondo mágico que alienta debajo de toda realidad, y que nos unifica con todas las posibilidades del ser humano.

*EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA*

NORBERTO PINILLA: *Biografía de Gabriela Mistral* (Editorial Tegualda, Santiago de Chile, 1946). —

La biografía de un poeta es siempre bien acogida: gran curiosidad para el gran público; para el especialista en poesía y sus creadores, deleite no exento de cierta sensación de sacrilegio.

El género halla especial caja de resonancia, entre los atentos seguidores de la cultura americana, en estos momentos en que toma particular auge el pensamiento de Wilhelm Dilthey, por primera vez volcado en gran escala al castellano (ediciones mexicanas del Fondo de Cultura Económica y argentinas de Losada), aunque, entre nosotros, había tenido ya relativa difusión a través de traducciones parciales<sup>1</sup> y de la actividad de los estudiosos y divulgadores de su obra (Korn, Romero, Pucciarelli).

Para Dilthey, en efecto, “toda obra poética actualiza un determinado acaecer”, “en el fondo de la creación poética se encierran las vivencias personales”. Las cosas se enriquecen con los nexos vitales que las vinculan con el creador, dotándolas de “valores de vida”. Los valores de vida se relacionan entre sí “como corresponde a la conexión de la vida misma”; de esta relación surge el significado de las personas, cosas, situaciones y acontecimientos. El poeta, a su vez, busca y expresa lo significante. Cuando esta trabazón de vida, valor y significado se eleva al plano de lo típico, “lo que acaece se convierte así en exponente y símbolo de algo universal”. Es éste el camino por donde la vivencia del poeta, a través de la expresión, llega a lo universal.

Dentro de estas ideas, la tarea del biógrafo, evocador de vivencias, resulta fundamental para la comprensión de una obra poética, pues suministra, por lo menos, uno de sus puntos de partida (los otros dos son “la comprensión de estados ajenos” y “la ampliación y profundización de la vivencia por medio de ideas”). Fundamental y sumamente delicada, pues debe evitar la dispersión de su esfuerzo en las mil vivencias intrascendentes que integran la vida del creador, y rastrear, en cambio, “en aquellos momentos de su existencia que le revelan [al poeta] un rasgo de la vida”, pues son los únicos que “guardan una relación profunda con su poesía”.

<sup>1</sup> Recordamos, por ejemplo, un estudio sobre literatura europea moderna reproducido en el primer número de la Revista *Capítulo* (setiembre de 1937) en versión de Raimundo Lida; incluído ahora en la edición mexicana de *Das Erlebnis und die Dichtung*.

Es con múltiple interés, por lo tanto, como vamos hacia esta *Biografía de Gabriela Mistral*; con mayor razón si se piensa que la poetisa chilena, con el premio Nóbel, acaba de obtener para América otra de las victorias poéticas sobre Europa a que el siglo XX nos va acostumbrando. El Nuevo Mundo está cada vez más cerca de la vital actitud de intercambio con que supera la pasiva actitud receptiva que lo caracterizó durante tanto tiempo.

Esta *Biografía de Gabriela Mistral* escapa, en realidad, al género en que su título la encasilla: es más y es menos que una biografía; más, porque aborda una serie de objetos que no son estrictamente el relato de una vida; menos, porque en tal forma los rasgos biográficos que el libro traza forman con el resto de su material una especie de unidad informativa que no responde enteramente al penetrante ideal que más arriba hemos esbozado.

Este libro contiene estampas de índole biográfica (*Curriculum vitae, El triunfo inicial, Tabla cronológica*); metódicas ordenaciones de la obra de Gabriela Mistral (*El alcance de su obra, Notas bibliográficas*); apuntes estrictamente bibliográficos (*Testimonios críticos; Bibliografías*); referencias y actualizaciones relativas al premio Nóbel (*El premio máximo, Anejo*). En casi todos estos capítulos se intercalan párrafos y observaciones de intención resueltamente crítica; y en todos los casos y temas el autor demuestra un amplio y prolijo conocimiento de cuanto ha escrito la poetisa y se ha escrito sobre ella<sup>1</sup>. Agréguese, para completar el interés del libro, alguna que otra página enteramente inédita de la autora de *Desolación*.

La simple enumeración del vario contenido de este libro dice al lector que su valor esencial es la utilidad: quien desee comprender la obra de Gabriela Mistral por otros caminos que no sean la desnuda lectura de sus versos, hallará en esta *Biografía* una serie de insinuaciones y pendientes que favorecerán la llegada al espíritu de la gran poetisa.

<sup>1</sup> Cfr., del mismo PINILLA, *Bibliografía Crítica sobre Gabriela Mistral*, edición de la Universidad de Chile, Santiago, 1940. Otras biografías de Gabriela Mistral: VIRGILIO FIGUEROA: *La Divina Gabriela*, El Esfuerzo, Santiago, 1933; JULIO SAAVEDRA MOLINA: *Gabriela Mistral: Vida y Obra*, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, Nueva York, 1937; ISMAEL EDWARDS MATTE, en *Cien Autores Contemporáneos*, recopilación de Lenka Franulic, Ercilla, Santiago, 1941. En el *Prefacio* de la obra que comentamos puede leerse la breve opinión de Gabriela Mistral sobre ellas; señala a la de Edwards Matte como la mejor.

El tono general del libro es de un entusiasmo a veces desbordante; sólo un agudo amor a la verdad impide a su autor llegar a lo ditirámico. El mismo Pinilla historia la vinculación infantil de su espíritu con el de Gabriela Mistral —a quien sólo ha visto una vez en su vida—, y su posterior dedicación al estudio y prédica de su poesía. “La crítica es ejercicio de amor”, dice, en irreprochable postura espiritual. El que esta noticia escribe ha escuchado a Norberto Pinilla, en las Escuelas de Temporada que dirige en la Universidad de Chile, difundir entre jóvenes de todas las Américas, con ahincado y casi agresivo afecto, la obra de su compatriota. Este libro es un testimonio escrito de la misma actitud.

En la evolución de la poesía, son los hombres como Pinilla quienes contribuyen a adelantar el advenimiento de la justicia histórica; prenuncios de la gloria, vocean la obra de los poetas auténticos, tienden un persuasivo puente entre ella y el público frío, indiferente, o sólo distraído.

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO

PEDRO PRADO: *No más que una rosa* (Losada, Buenos Aires, 1946). —

Ceñido a un equilibrio clásico, pulcramente arquitecturado en los veintinueve sonetos que constituyen casi todo el libro, Pedro Prado evidencia, con exacto sentido, la raíz sentimental de su poesía donde lo habitual es la consistencia de la nostalgia y el amor, objetivados en un ambiente post-modernista. El título de la obra está justificado plenamente, de modo que la vibración lírica que la contiene se desplaza con unidad temática, precisándose desde el acto creador hasta la partición séptima, en la cual se habla del tránsito de la espina a la rosa, tomándose a esta última como la plenitud de lo vital, y a la espina como símbolo del dolor necesario, inherente a la vida misma. Este móvil angustioso del existir prefigurado simbólicamente, se adjetiva luego en “La rosa de la vida malograda”, pues aquí el poeta nos refiere su peculiaridad íntima:

*Vano el vivir, y vano el loco empeño;  
mi vida es una rosa malograda;*

*tan sólo de mi verso soy el dueño,  
una sombra, una espuma y una nada.*

Una acumulación de acidez amorosa presagia el desencanto, pero el poeta, evadiéndose de sí mismo, se sumerge en “lejanías ideales”, adivinando el misterio y la transparencia de la semilla de infinito contenida en cada rosa. A tal punto es la resignación placentera que le inspira esta flor ante el dolor del vivir, que poseído de entusiasmo expresa lo feliz que sería morir incendiado de belleza:

*La muerte es para el hombre tan oscura;  
la muerte es a la rosa, tan sencilla;  
aprendió de la estrella que más brilla;  
la estrella muerta da la luz más pura.*

.....  
*La rosa en otra estrella se convierte;  
y dice a todos con su ciencia rara:  
¡lo más bello y fugaz es lo más fuerte!*

El amor total, suma de ternura y encanto, es la rosa de la ausencia, de la “mujer que huye, para ser la amada”. El poeta reconoce su aliento como un beso de sombra, y declara: “Ahora que no estás, te pienso, y eres!” Y concluye alabando su dicha: “Más supremo que el mío no hay un goce: —ser besado en el propio pensamiento — por la única entre todas las mujeres.” Mas la tristeza, la nostalgia y la melancolía, se corresponden más adelante en “La rosa inalcanzable” con renovado ímpetu, perdurando el sentimiento sufrido como cimiento de su propia existencia. La esperanza se conturba y la ilusión se oscurece al medir la realidad de lo vivido con el supremo anhelo de lo deseado, y así nos dice:

*Más me valiera, amor, no haber nacido  
que ser como la hierba de un alero;  
si la rosa es fugaz, la mía ha sido  
de la fugacidad lo pasajero.*

*Huí la tierra y sin haber vivido  
aun la tierra despreciada quiero;  
ansiaba el cielo, y sin lograrlo mido  
esta mezquina altura en que me muero.*

La construcción objetiva es sólida, coherente y regulada. Se destaca la unidad formal y sucesiva del verso ordenado al tema central como motivo inspirador, sosteniendo la tensión condicionante de lo cantado. Lo cualitativo de este poeta chileno es el matiz nostálgico que recubre su inspiración, ahincándose en un estado de insatisfacción mantenido como eco múltiple de su poesía. Pedro Prado, nacido en 1886, se inició en la poesía a los 22 años con la publicación de *Flores de cardo*, mereciendo luego un premio significativo con *Las horas*, libro en el cual la madurez del poeta se determinaba ya por su inspiración esencial, y actitud que se logra en *No más que una rosa*.

EDUARDO JOUBIN COLOMBRES

### ITINERARIO DE POSTGUERRA

¿QUIÉN TENDRÁ PIEDAD DEL HOMBRE EUROPEO?

París, 20 de septiembre de 1946

¿Quién? ¿Quién aflojará la cuerda de angustia que lleva enrollada alrededor del cuello? ¿Quién le enseñará de nuevo la esperanza? ¿Quién borrará de sus ojos el espanto antiguo y el espanto nuevo? ¿Quién conmutará su pena de muerte, anunciada todas las mañanas y todas las tardes en la prensa cotidiana? ¿Quién arrancará de su sueño la pesadilla sangrienta? ¿Quién desvanecerá de su vigilia el fantasma de la guerra?

Sobre una tierra sembrada de escombros calientes todavía, marcha el hombre europeo al encuentro de los otros escombros que aún tienen forma de ciudades, de casas, de catedrales, de torres y hasta de seres humanos, objetivos minúsculos

de la "era nuclear", horadados ya, roídos ya, inútiles ya, ineficaces ya porque no sirven para la vida, esperando como esperan la muerte.

En vano se dicen las conciencias lúcidas que este rumor siniestro quedará en rumor. Que no se empuñan las armas con muñones. Que no se alistan ejércitos con hombres hambrientos y ateridos, descalzos y desnudos. Que los sobrevivientes de la pasada carnicería no han retornado aún del horror desmesurado que quebró sus resortes. Otras conciencias les responden que esta guerra que está naciendo se hará sin hombres, sin brazos humanos, sin heroísmos, sin condecoraciones, sin órdenes del día, sin citas gloriosas.

Muñecos de acero, rayos invisibles, radiaciones impalpables acudirán a la movilización, el día "D", sin dejar tras de sí ni padres, ni mujeres, ni hijos. Será una guerra sin exclamaciones ni discursos. Una guerra sobria, sin metáforas ni canciones, a la medida de un mundo vaciado de todas sus confianzas, casi amo de la vida e incapaz de vivir.

Una extraña conformidad, rayana en fatalismo, la espera. Su inevitabilidad salta de tal modo a la vista de todos, que cada día sin guerra nace para los condenados como un presente milagroso y gratuito por el que más de un creyente debe dar gracias a Dios en sus oraciones.

Y ante este reo en capilla que es en la hora presente el hombre europeo, no sabe uno de qué asombrarse más: si de la vulnerabilidad dolorosa que le contrae hasta el espasmo ante cada indicio de la futura catástrofe, o de la áspera tenacidad con que sigue construyendo un mundo que se vuelve incansablemente contra él.

Con los ojos fijos en el cuadrante, donde de un momento a otro puede leer la hora de su muerte, escribe libros, pinta cuadros, indaga problemas de ciencia, labra la tierra, rehace puentes, mueve las máquinas y perfecciona meticulosamente, ahincadamente, las fuerzas que le aniquilarán.

¿De qué está hecha esta capacidad de acatar una vida cotidiana cuyo plazo acortan, cada vez más, guerras absurdas, engendradoras de guerras más absurdas aún? ¿De fatiga, de resignación, de obscuro heroísmo, de esa misteriosa condición humana que halla en sí misma los objetivos que le niega la realidad? Subleva por momentos tanta mansedumbre o tanta grandeza. Se siente uno más cerca, a veces, de la hueste de los violentos, de los que agazapados en una encrucijada roban y matan desacatando los mandamientos de una legalidad estéril e

impotente. Su conducta parece más lógica, más de acuerdo con la arbitrariedad de un vivir para nada, de un vivir "con permiso del enterrador".

Uno de los fenómenos que más impresiona es la docilidad con que los individuos responden a las campañas de prensa que echan la guerra por delante un día, agrandando los títulos de las amenazas hasta dimensiones aterradoras o borrándolas generosamente, otro, a fuerza de mayúsculas también, inscribiendo sonrisas en los rostros ayer crispados, iluminando los ojos que estaban extinguidos.

Todo sirve para exacerbar la psicosis de guerra, hasta la paz. Nunca se habló más de guerra que desde que los hombres se han reunido para ordenar definitivamente el mundo y encerrarlo en tratados de paz. Pero ocurre que estos tratados acaban pareciéndose de tal manera a camisas de fuerza, que la guerra se les sale por todas las costuras y salta a la calle, se mete en las casas, espera por las mañanas a la puerta del taller, viaja en el "metro", se sienta a la mesa a la hora de la cena y se despierta todos los días en el papel todavía húmedo de los periódicos que acaban de salir de la rotativa.

Así vive el hombre europeo, rebotando trágicamente entre su hambre insatisfecha y la nube color de átomo que manos de hombres están juntando en algún lugar de la tierra en envases contados y medidos para todas las ciudades del planeta.

¿Quién tendrá piedad del hombre europeo? ¿Quién le quitará del camino el espectro de su muerte? ¿Quién sumará años a sus meses de vida precaria? ¿Quién le devolverá la fórmula del futuro? ¿Quién se atreverá a gritarle en los oídos que la paz no es una palabra ridícula, una categoría grotesca y pueril, resto de épocas pasadas?

Durante la otra guerra —cuando digo la otra me refiero a la del catorce, ya que la que la siguió dura todavía— nacieron organizaciones pacifistas que cubrieron el mundo entero con su propaganda. Nombres gloriosos la patrocinaban. De congresos y conferencias internacionales surgían consignas que daban la vuelta al globo y mantenían desvelada una conciencia anti-guerrera. Nadie tenía vergüenza de ser pacifista. ¿Cómo pudo borrarse tan enteramente de nuestro léxico esta expresión?

Una tarde la vieja palabra cayó entre nosotros en la sala de prensa de la Conferencia de la Paz. Un grupo de periodistas discutía el discurso de Molotov

en la sesión plenaria que todos acabábamos de escuchar. A nuestra mesa se acercó un hombre canoso cargado con una cartera abarrotada de libros y papeles. Nos pidió que le mostrásemos dónde estaban los periodistas rumanos. Después metió la mano en su cartera y con ademán tímido nos tendió un libro que llevaba escrito en letras rojas un título asombroso: *Pour supprimer ce crime, LA GUERRE*.

—Yo soy el autor —nos explicó—. El plan que contiene me pertenece. Lo esboqué en 1908. Lo desarrollé y lo propuse a los Aliados en 1918. Ahora lo he enviado a todas las delegaciones que asisten a la Conferencia de la Paz. Mi plan es sencillo y perfectamente realizable. Ha obtenido la adhesión de grandes sabios, de artistas, de parlamentarios, de numerosos congresos pacifistas...

Todos le mirábamos como se puede mirar a un raro ejemplar de un planeta remoto. Él no advirtió nada. Nuestro mundo no tenía ningún parentesco con el suyo, claro, sencillo, trazado en un plan coherente y "perfectamente realizable". Nos dejó el libro y fué a llevar su sonrisa intacta, su confianza pueril a otra mesa de periodistas chinos, yugoeslavos o hindúes que le miraban con ojos tan asombrados como los nuestros. Después, el hombre, el único quizá a quien la bomba atómica no se le había metido en el alma, se fué muy de prisa, llevándose bien apretada en la cartera de su fe de pacifista.

Cuando se desvanecieron sus pasos, la guerra que está cayendo a chorros de la Conferencia de la Paz volvió a sentarse entre nosotros. El encanto estaba roto. El libro mágico pasó de mano en mano, inútil y absurdo como una panacea. Y allí se quedó, mezclado con los discursos de Byrnes, las enmiendas australianas, las proposiciones griegas, los tratados balcánicos y las invitaciones a las conferencias de prensa de cuatro o cinco naciones "satélites".

En la puerta del viejo palacio nos esperaban los diarios de la tarde con el incidente americano-yugoeslavo y sus títulos de catástrofe. Un grupo compacto se había detenido a leerlos y sus ojos tenían la misma expresión que debían pintárseles cuando se paraban ante los carteles donde estaban los nombres de los rehenes fusilados durante la ocupación. Un adolescente que llevaba del brazo una chiquilla tan joven como él murmuró con amargura: "Casi desearía uno que esto reventase de una vez".

Un hombre maduro le replicó con severidad: "No sabe usted lo que dice. Debe usted imaginarse la guerra como en las películas". El muchacho se volvió

colérico: “Yo no me imagino nada. Lo sé todo, como usted, como los demás, pero estoy harto del régimen de ducha escocesa en que estamos viviendo. Cualquier cosa es preferible a este infierno”... La chiquilla que estaba pegada a él le suplicó: “No hables así... Da miedo pensar que las palabras pueden traer desgracia...”

Pero explosiones como la que acabo de relatar son más bien raras. Lo corriente es la atonía, la desesperación opaca del condenado que ha admitido su sentencia. Puede ser que se la conmuten, aunque lo más probable sea lo contrario. Entre tanto no abandona sus ocupaciones cotidianas. Con la bomba atada al pie como un grillete recoge los escombros de su mundo roto, tapa las goteras de los techos horadados, siembra la tierra y hasta sueña. Ni heroico ni cobarde, parece haber acatado definitivamente un destino que ha dejado de interesarle, como si se dijese que lo mismo da vivir un año que cuarenta y tratase por ello de meter todas las cosas de la existencia en un plazo cada vez más breve: el que va de la hora presente al minuto de la bomba.

*MIKA ETCHEBEHERÉ*

## M ú s i c a

### LA MÚSICA Y EL ECO

La “Agrupación Nueva Música”, que dirige Juan Carlos Paz, realizó su sexagésimo concierto el día 2 de octubre, en nuestra ciudad de Buenos Aires.

Sesenta conciertos significan, en este caso, nueve años de acción persistente y tenaz, sesenta audiciones que han dado a conocer las obras más representativas del movimiento musical contemporáneo, aquellas mismas que por su carácter escapan a la acción estético-comercial de los virtuosos importados para grandes salas. Significan sesenta audiciones —sesenta, una detrás de otra— ofrecidas gracias al desinteresado esfuerzo de los mejores intérpretes del país, que sobre sus tareas profesionales han encontrado todavía tiempo para estudiar y estrenar obras de más de cien compositores contemporáneos, las más de ellas erizadas de obstáculos técnicos sumamente serios. Significan sesenta audiciones reali-

zadas muchas con asistencia libre, las demás a precios irrisorios, pagando salas, impresión de programas —señalamos aquí la especial colaboración del “Teatro del Pueblo”— alquiler de instrumentos, reemplazos y hasta ¡oh originalidad! derechos de autor. Significa haber presentado al público sesenta programas de la calidad del último:

Albert Roussel, *Hommage à Bach* (1ª audición); Roy Harris, *Little suite* (1ª audición); Alexander Jemnitz, *Sonata op. 28*.

Hans Joachim Koellreutter, *Música 1941* (1ª aud.); Juan Carlos Paz, *Sonatina 1930*; Esteban Eitler, *De las “Rimas” de Bécquer* (1ª aud.).

Paul Hindemith, *1922, suite op. 28* (1ª aud. integral); Maxime Jacob, *Promenades (printemps)*; Darius Milhaud, *Chanson de Ronsard* (1ª aud.).

Significa, por último, y a esto íbamos, contar con la absoluta prescindencia de la “crítica” periodística. El miércoles 2 de octubre —día de los niños pobres— uno de los más importantes periódicos matutinos de la Capital publicó tres anuncios y dos comentarios de audiciones musicales; otro, seis anuncios y tres crónicas. Ninguno hizo la más mínima referencia a la “Agrupación Nueva Música” ni publicó la más diluída noticia o crónica al respecto.

El que esto escribe tiene el orgullo de formar parte de la “Agrupación Nueva Música”, y compartió con Dora Berdichevsky, Lucía Bordelois, Esteban Eitler, Mariano Frogioni y Darío Daniel Sorin la responsabilidad de la audición número sesenta. Esta nota, sin embargo, no es ni un resentido resuello por la herida ni una enconada ventilación de rencores personales, sino la tranquila exposición de un estado de cosas que debiera haberse superado ya. Nuestro país, en música como en tantas otras cosas, carece de críticos. No sería caritativo reprender a los pequeños cronistas de los grandes periódicos por no serlo (aunque el no ser algo es nuestra culpa más íntima y terrible); sí es necesario puntualizar que ni siquiera cumplen —las razones, de haberlas, no interesan— con su pequeña función de gacetilleros. Que no son críticos es cosa sabida, y también que nunca tuvieron que ver gran cosa con la Música —no solamente la Nueva Música—, pero es triste comprobar que estos ecos sordos tampoco saben su oficio modesto de voceadores. Dios y la musa respectiva quieran darles mejor oído, mejor voz y, si menester fuera, mejor carácter. Así sea.

DANIEL DEVOTO







ESTE CIENTO CUARENTA Y CUATRO NÚMERO  
DE "SUR" SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA  
TRES DE OCTUBRE DE MIL NOVE-  
CIENTOS CUARENTA Y SEIS EN  
LA IMPRENTA LÓPEZ,  
PERÚ 666, BUENOS AIRES,  
REP. ARGENTINA,